

JORNADAS

2

TOMAS SANCHEZ HERNÁNDEZ

Los Principios de la Guerra

EL COLEGIO DE MEXICO

Centro de Estudios Sociales

SEMINARIO COLECTIVO SOBRE LA GUERRA

Segundo semestre de 1943

PROGRAMA

- 1ª sesión: Martes 3 de agosto, de las 18 a las 20 horas:
Presentación general de los problemas de la guerra: don José Medina Echavarría;
- 2ª sesión: Martes 17 de agosto, de las 18 a las 20 horas:
Los principios de la guerra, desde los puntos de vista táctico y estratégico, en relación con los progresos de la ciencia: General Tomás Sánchez Hernández;
- 3ª sesión: Martes, 31 de agosto, de las 18 a las 20 horas:
Causas políticas de la guerra:
a) *El equilibrio de poder:* don Manuel J. Sierra;
b) *La geopolítica:* don Jorge A. Vivó;
- 4ª sesión: Martes 7 de septiembre, de las 18 a las 20 horas:
Causas económicas de la guerra:
a) *La presión demográfica:* don Gilberto Loyo.
b) *La disponibilidad de materias primas:* don Manuel Chavarría;
- 5ª sesión: Martes 21 de septiembre, de las 18 a las 20 horas:
Las causas humanas de la guerra: don Antonio Caso;
- 6ª sesión: Martes 5 de octubre, de las 18 a las 20 horas:
Los efectos sociales de la guerra: don Vicente Herrero;
- 7ª sesión: Martes 19 de octubre, de las 18 a las 20 horas:
Los efectos económicos de la guerra: don Josué Sáenz;
- 8ª sesión: Martes 2 de noviembre, de las 18 a las 20 horas:
La prevención de la guerra (I): don Manuel Pedroso;
- 9ª sesión: Martes 16 de noviembre, de las 18 a las 20 horas:
La prevención de la guerra (II): don Manuel Pedroso;
- 10ª, 11ª y 12ª sesiones: Martes 30 de noviembre y 7 y 21 de diciembre, de las 18 a las 20 horas:
Características y consecuencias de la guerra actual.

EL SEMINARIO COLECTIVO SOBRE LA GUERRA

I

El Centro de Estudios Sociales ha elegido el tema de la guerra para iniciar sus cursos colectivos de seminario, por varias razones que parecen aconsejarlo así. En primer lugar, es difícil encontrar en estos momentos otro tema de estudio que interese por igual a todos los hombres reflexivos preocupados por el futuro. La experiencia contemporánea está mostrando, aun a los menos atentos, el carácter necesariamente universal, terriblemente destructivo y dolorosamente anacrónico del conflicto guerrero en el estado técnico y económico de nuestra civilización. Se sospecha que otro conflicto como el presente podría acabar por completo con lo que todavía consideramos como los supuestos de una vida decente y civilizada, o retardar por muy largo tiempo la restauración de nuestras armas sociales. Por eso, el estudio de la guerra no es mera expresión de una curiosidad teórica, sino el fundamento previo y necesario de una acción inteligente y enérgica. Con respecto a la guerra, es preciso investigar las causas, analizar objetivamente los efectos, calcular los costos materiales y morales, para poder participar, a pesar de desilusiones y retrocesos, en la larga lucha que abrieron hace tiempo los mejores espíritus con el ánimo de desterrar por completo esta dolencia.

Por otra parte, en el orden teórico, el tema de la guerra manifiesta de manera aguda la complejísima naturaleza de todos los fenómenos sociales. La multiplicidad de sus causas y la variedad insospechada de sus consecuencias no permite quizá puntos de vista simplistas y unilaterales. En todo análisis relativamente profundo de la guerra, confluye, en definitiva, todo el saber acumulado de la ciencia social. Es, pues, el estudio de la guerra un caso típico entre los pro-

blemas que requieren la cooperación de especialistas y la investigación colectiva, necesidad cada vez más patente en tales extremos. Economistas, teóricos de la política, sociólogos, psicólogos, demógrafos y aun otros hombres de estudio fuera ya del círculo estricto de la ciencia social, todos pueden aportar conocimientos para la síntesis final. En la medida en que uno de los intereses científicos del Centro de Estudios Sociales es mantener y enseñar esta imprescindible visión de conjunto y la exigencia de coordinar los resultados en las disciplinas particulares, el análisis de este tema puede tener un valor ejemplar de iniciación pedagógica.

Por último, como las condiciones favorables y positivas de la guerra son las condiciones negativas de la paz, el estudio del fenómeno bélico en sus formas históricas y caracteres estructurales es el punto de partida indispensable de todo proyecto para la realización pacífica y estable del mundo. El Centro de Estudios Sociales espera, pues, que los conocimientos adquiridos en este seminario sean útiles para más tarde, cuando puedan organizarse otras reuniones e investigaciones colectivas sobre el tema de la paz y el papel que en su creación y mantenimiento corresponda a las naciones de América.

II

El número limitado de sesiones sólo permitirá examinar algunos aspectos salientes del tema propuesto. El programa no pretende, ni mucho menos, agotar la cuestión. Sus lagunas pueden ser colmadas, sin embargo, en el curso de discusiones sucesivas. Dicho programa consta de dos partes distintas. La primera comprende las nueve primeras sesiones y su propósito es examinar lo que sobre la guerra nos dice la ya abundante literatura respectiva. Se trata de una discusión teórica, que puede permitir llegar a las categorías e instrumentos analíticos indispensables. En esa discusión interesa, ante todo, destacar los factores y las consecuencias de la guerra y examinar lo que se ha hecho y propuesto para su prevención. En estas sesiones importa la presentación de todos los puntos de vista y su valoración científica. La segunda parte se compone de las tres últimas sesiones, que habrán de tener un carácter completamente diferente. Aquí se trata ya de dirigir la reflexión a la experiencia vivida de la guerra actual y a sus posibles

consecuencias futuras; sin excesivo aparato bibliográfico, se trata de estimular la imaginación y la inteligencia creadora, pues lo que en este caso conviene no es discutir lo sabido, sino su aplicación a las nuevas e ineludibles condiciones. Inútil añadir que en el cuestionario de esas discusiones finales se dará importancia preferente a los aspectos nacionales y americanos.

El seminario funcionará del modo siguiente: a) Habrá una ponencia general con el fin de permitir una discusión de conjunto y el examen de aspectos que no puedan tratarse en las sesiones especializadas; éstas se abrirán con sus respectivas ponencias, redactadas cada una por un especialista, para precisar así rigurosamente el ámbito del problema y evitar pérdidas de tiempo; después vendrán las sesiones finales sobre la guerra actual y sus consecuencias, guiadas por un cuestionario previamente establecido. b) En las discusiones de este seminario participarán los alumnos y profesores del Centro de Estudios Sociales, los ponentes de los distintos temas y las personas de prestigio, preparación y competencia que sean particularmente invitadas. c) Las sesiones tendrán una duración de dos horas, una para la ponencia y otra para la discusión. Cuando la ponencia se haya presentado previamente por escrito o impresa, la discusión podrá extenderse a las dos horas. d) Para que la discusión sea ordenada y fecunda, las reuniones tendrán un presidente de debates que las encauce y las resuma. e) El Centro de Estudios Sociales aspira a que puedan redactarse algunos trabajos escritos, como resultado de estas discusiones de seminario, trabajos que serán publicados y significarán una aportación del pensamiento mexicano al más grave problema que tiene hoy planteado la humanidad.

TOMÁS SÁNCHEZ HERNÁNDEZ

General de Brigada, Ing. D. E. M.

LOS PRINCIPIOS DE LA GUERRA

desde los puntos de vista táctico y estratégico, en relación
con los progresos de la ciencia

S U M A R I O

ADVERTENCIA

LA EVOLUCION DEL COMBATE Y DE LA BATALLA, DESDE LA ANTIGÜEDAD HASTA NUESTROS DIAS

- a) *El combate antiguo.*
- b) *La preponderancia de la caballería.*
- c) *La aparición de las armas de fuego.*
- d) *La táctica lineal.*
- e) *El orden oblicuo.*
- f) *El orden mixto.*
- g) *La batalla antigua.*
- h) *La batalla del siglo XVIII.*
- i) *Las batallas de la Revolución Francesa.*
- j) *Las batallas de la Primera Guerra Mundial (1914-18).*

LOS PRINCIPIOS DE LA GUERRA

- a) *Exposición y concepción.*
- b) *División general de los Principios de la Guerra.*
- c) *Influencia de la técnica en la aplicación de los principios.—*
CONCUSIONES.

ADVERTENCIA

Para abordar el estudio de los Principios de la Guerra es absolutamente necesario e indispensable un análisis, aun cuando sea muy rápido, de los principales factores, humanos y materiales, que han intervenido, en todos los tiempos, en el desarrollo del gran drama de la humanidad: La Guerra.

Es evidente que tan arduo y vasto sujeto abarca horizontes ilimitados; pero, por el carácter propio de este trabajo, su extensión será forzosamente reducida, pretendiendo solamente trazar el panorama de la visión de conjunto sobre las transformaciones de la guerra a través de las épocas que marcan su mayor evolución, para señalar la influencia de los progresos de la ciencia en la aplicación de los Principios de la Guerra.

LA EVOLUCION DEL COMBATE Y DE LA BATALLA, DESDE LA ANTIGÜEDAD HASTA NUESTROS DIAS

a) *El combate antiguo.*

Son muy variadas las causas que determinan, en una época y un pueblo dados, la manera de combatir y de preparar la batalla. Algunas de ellas, y por cierto de las no menos importantes, son de orden moral; por ejemplo, las pasiones que animan a los combatientes, las cualidades propias de cada raza, las instituciones políticas. Pero si consideramos la historia de la guerra en general durante un largo período, las causas de esta naturaleza varían de un día al otro, se contrarían y se neutralizan. *Las grandes transformaciones del combate y de la guerra, su evolución, se deben al progreso de las armas o, en términos generales, a todos los objetos materiales que se emplean para combatir.*

La invención de la pólvora hizo que las armas arrojadizas alcanzasen un lugar muchísimo más importante que en el pasado; pero esto no quiere decir que su papel en la antigüedad haya sido insignificante, como tal vez llegaríamos a creer si tan sólo analizáramos a la mayoría de los historiadores antiguos, cuya preferencia por los combatientes armados de lanza y espada es marcada sobre los auxiliares de honda o arco. Si fijáramos la atención únicamente en las legiones o en las cohortes, nos formaríamos una idea falsa del combate antiguo y no percibiríamos la transición entre éste y el de la Edad Media. En realidad no hay cambio brusco; la continuidad es perfecta desde los tiempos más remotos de Grecia y Roma hasta nuestros días. Los progresos materiales se suceden sin graduación sensible, y la forma del combate se modifica de igual modo. Algunas veces se encuentra en los relatos de los historiadores antiguos una palabra, un número, una indicación que deja entrever la existencia y la impor-

tancia de las tropas ligeras, hasta que llega un día en que su utilidad es manifiesta para todos y alcanzan el primer lugar.

Los estudios clásicos sólo nos dan a conocer la falange de Alejandro o la legión de Mario o César, como tipo de los ejércitos griegos o romanos, y así llegamos a creer que la decadencia militar sucede en Grecia a la muerte de Alejandro, y en Roma a la de César. Para no caer en este error debemos tener en cuenta que la falange y la legión nunca constituyeron por sí solas los ejércitos antiguos; que sufrieron una continua transformación de acuerdo con los medios materiales y las nuevas necesidades; que, en materia de armamento y combate, no existe nunca decadencia, sino sólo desde el punto de vista estético. *El menoscabo de las armas blancas perjudicó la belleza del combate, es verdad; pero respondió a necesidades reales y las reformas adoptadas se impusieron.*

Tanto en Grecia como en Italia es difícil organizar una caballería numerosa. La infantería de "línea", aquella que combate en orden cerrado, fué organizada en los tiempos primitivos para combatir contra otra tropa de la misma especie, pero no contra la caballería. Su formación de combate era en falange de 8 a 12 filas, con intervalos de 3 a 4 pies entre cada hombre, que permitían el fácil manejo de la pica, cuya longitud no era mayor de 6 pies. Esta formación, para la época, no era pesada, compacta ni en masa sin intervalos. Las armas ofensivas de esta infantería eran ligeras, pero la armadura, siendo muy pesada, no permitía cargar el más pequeño abastecimiento de proyectiles (venablos y dardos). Además, los guerreros sólo podían combatir a corta distancia.

Semejantes falanges eran móviles y podían cargar vigorosamente. Prueba de ello, su acción en Maraton, en donde los soldados de Milcíades cargaron a paso veloz contra los persas de Datis, derrotándolos y obligándolos a reembarcarse. La profundidad de la falange, 8 a 12 filas, no tiene por objeto dar fuerza al choque, *porque bien sabemos que no hay nunca tal choque*; su objeto era contar en cada fila con el número necesario de combatientes para reemplazar a los que sucumbían en primera fila, y sólo como caso excepcional podía estimarse que cayeran los guerreros de las 8 ó 12 filas, pues eso requería en uno de los adversarios una superioridad manifiesta, ya fuera en fuerza física, bien en destreza o en valor.

Normalmente, las fases del combate eran:

- a) toma de contacto frontal,
- b) duelos personales entre los guerreros, y
- c) victoria del más fuerte, material y moralmente.

Los jefes, marchando siempre adelante, con su ejemplo arrastraban a sus soldados. De éstos, los mejores, los más vigorosos y ardientes, figuraban en primera fila; detrás de ellos, los de valor medio; en la última fila, allí en donde el pánico solía nacer, formaban los viejos guerreros experimentados y firmes en sus puestos.

Nunca hay choque. Los pesados beocios mandados por Epaminondas ensayaron, vanamente, romper las líneas espartanas en Leuctra y Mantinea, defendidas por Agesilao, por medio de una columna profunda, a modo del espolón de un navío. Pero al llegar los primeros beocios o tebanos al contacto de la primera fila de espartanos hicieron alto y el resto de la columna no les comunicó ninguna impulsión; porque ésta *jamás viene de la retaguardia*. La impulsión en el combate no se debe a una presión material, sino al *ejemplo de una voluntad superior, a la de un jefe que arrastra a sus soldados consigo*. La segunda fase del combate se eternizó sin resultados, y fué entonces cuando Epaminondas lanzó al combate sus tropas escogidas, la famosa "tropa dorada", integrada por guerreros de valor excepcional que decidieron la batalla de Mantinea, aunque pagando los tebanos la victoria con la vida del propio Epaminondas.

Fecunda lección de la Historia, que nos *muestra cómo, desde entonces, el combate frontal no conduce, por regla general, a ninguna decisión*.

Estudiando los combates antiguos, nos dice Ardant du Picq: "Se observa que es casi siempre un ataque de flanco o de retaguardia, un efecto de sorpresa cualquiera, el que gana las batallas, sobre todo contra los romanos. De falange a falange no hay mezcla, sino empuje mutuo, que puede durar mucho tiempo si uno de los adversarios no logra atacar de flanco o por la retaguardia al contrario, por medio de un cuerpo destacado, integrado por tropas de cualquier especie."

Vemos que es una tropa destacada, móvil, la que decide el éxito por medio de la *maniobra*. Desde el origen es la caballería, no importa que sea poco numerosa y mal equipada, sin monturas ni estribos, la que constituye el elemento decisivo de la victoria, en razón de su movilidad. A falta de caballería corresponde este acto a la infantería.

Los hoplitas, soldados griegos de infantería, armados de lanza y espada corta, y que tenían la característica de equiparse por su cuenta, contaban con un criado que llevaba sus armas y los víveres durante las marchas, circunstancia que facilitaba sus movimientos, pero que les impedía maniobrar de acuerdo con la táctica de la época, por tener que proteger los flancos vulnerables de la falange. Si ésta se dividía, como aconteció en Pydna, en donde Paulo Emilio ganó a los persas la batalla que decidió la suerte de Macedonia, las tropas ligeras del enemigo penetraban en las hendiduras del bloque y mataban a los guerreros embarazados con sus picas.

Para no multiplicar los flancos y presentar al enemigo un portillo por donde pudiera penetrar, la falange no debía subdividirse. En consecuencia, no estaba capacitada para maniobrar ni perseguir y, por lo tanto, antes de la acción tenía que tomar, una vez por todas, su dispositivo de combate.

La infantería ligera, dotada de armas arrojadizas cuyo alcance no sobrepasaba la distancia que una tropa puede salvar al paso veloz sin tomar aliento entre dos progresiones, no podía poner a la infantería de línea al abrigo de un ataque cuando le servía de auxiliar, por la imposibilidad de mantener al adversario a distancia. Pero cuando maniobraba con libertad tenía una potencia particular, porque, siempre en movimiento, en orden disperso, difícil de fijar, hostigó a la falange, la abrumó con sus flechas y dardos y acabó por destruirla.

Esta superioridad de la maniobra, *del movimiento sobre la fuerza bruta, se obtuvo y reconoció desde el siglo V a. C.* En todas las repúblicas griegas fué aprovechada la disminución de peso que la invención del acero introdujo en las armas, para organizar una infantería mixta, compuesta de *peltastas*, soldado provisto del pequeño escudo *pelta* y sin armas defensivas, y *hoplitas*, infantería ligera que combatía con la espada corta y con las jabalinas de gran alcance, ligando sus movimientos con los de los arqueros y honderos.

Entre los romanos, la legión primitiva sufrió igual transformación que entre los griegos la falange, hasta convertirse en la *legión manipular*, fraccionada en *centurias* que, agrupadas de dos en dos, integraban los *manípulos*, creando así la verdadera legión romana, efectiva unidad táctica. Legión manipular constituida por *velites*, infantería ligera armada de espada corta y dardos; *hastarios*, infantería de línea armada con los temibles *pilums*, lanzas arrojadizas de 11 li-

bras de peso, la espada fuerte y corta, de dos filos; los *príncipes*, armados igualmente que los *hastarios*, pero hombres más entrados en años, destinados a relevar, proteger y defender la primera línea; detrás de éstos formaban los *triarios*, los soldados más aguerridos, armados con coraza y larga lanza.

Legión manipular, compuesta de 30 manípulos, o sean 60 centurias integradas por *hastarios*, *príncipes* y *triarios*, además de 1,200 *velites* y 300 jinetes, organizados en *turmas* subdivididas en *decarias*.

b) *La preponderancia de la Caballería.*

En síntesis, esto fué el armamento, la organización de las tropas y la táctica de combate en Grecia y Roma durante los siglos v y vi a. c.

La aparición de un nuevo elemento vino a transformar el combate. Este elemento es la *Caballería*, que entró en acción con los orientales y los macedonios, y más tarde con los cartagineses, ocupando en sus ejércitos el primer lugar; caballería pesada, armada de coraza y lanza, y caballería ligera, armada de arcos o jabalinas; es el elemento activo, ofensivo, el arma de la decisión para Alejandro y para Aníbal. En los ejércitos macedónicos la infantería ligera la sostenía.

La reacción producida entre griegos y romanos, para hacer frente a esta nueva arma, fué diferente. En efecto, la falange macedónica cerró sus intervalos hasta formar con sus pesadas picas de 6 a 7 metros de largo una muralla impenetrable, pero inmóvil, logrando así detener el choque de la caballería; pero el rescate que pagó fué caro, al transformarse en un cuerpo paralítico y, por lo mismo, impropio para la ofensiva. *Este mismo fenómeno lo encontraremos dos mil años más tarde, producido por las mismas causas.* Y entonces ya no fueron las picas las que contuvieron el choque de la carga dragona, sino el fuego de los pesados y lentos arcabuces que forzarían a la infantería a desplegarse en línea continua y en cinco o más filas, para conseguir la densidad y la continuidad necesarias del fuego.

Por el contrario, las legiones romanas vencidas por la caballería de Aníbal, que las desbordó y atacó de revés, desecharon la solución griega, basada en hacer más pesadas, como vimos, las falanges. A las cualidades y virtudes del gran pueblo romano, que se reflejaron en todos sus organismos; al aprovechamiento y asimilación de las leccio-

nes de otros pueblos, se debió la perfección que alcanzaron las legiones. Amantes de la ofensiva, suprema ley de la guerra, los romanos rechazaron todo lo que pudiera contener su arrojo y, para hacer frente a la caballería cartaginesa, enviaron a Escipión a Africa, no sólo con el fin de arrancar a Aníbal la iniciativa en las operaciones, sino también para procurarse el arma de la decisión, la famosa caballería númida de Masinisa, que habría de darles la victoria de Zama.

Solución admirable por su inteligencia y por su espíritu guerrero; pero nuevamente tuvieron que ceder ante la fuerza de las cosas, ante el progreso de las armas arrojadizas, que abrían brecha en las cohortes maniobreras de las legiones romanas, impotentes contra los dragones germanos y, sobre todo, contra los partos, cuyos arcos eran más potentes que los de los romanos.

En los ejércitos de César, los arqueros y los honderos eran ya más numerosos que los legionarios, y participaban en los combates mezclados con legionarios o bien formando cuerpos especiales en las alas del dispositivo. En Farsalia el grueso del ejército romano fué constituido con arqueros y honderos, sirviendo las reservas de César, formadas por cohortes de veteranos, para consumir el triunfo sobre Pompeyo.

El Imperio consagró el progreso de las armas arrojadizas al admitir orgánicamente arqueros y honderos en la legión, que reforzó más aún con máquinas de guerra y defensas accesorias para romper las cargas de la caballería. Esta, a su vez, se cubrió con una cota de mallas que luego se transformó en armadura. Sus jinetes disponían de monturas. La caballería atacó y maniobró; su papel era esencialmente activo. Por el contrario, la infantería conservó su dispositivo de combate en orden cerrado y, protegida por defensas accesorias, no tuvo otra misión que la de detener las cargas.

Esa fué la organización y la táctica de los ejércitos romanos, después de los Antoninos, y así continuaron los ejércitos en la Edad Media y podemos decir que hasta mediados del siglo xvii, pues los *Tercios* españoles, combatiendo en orden cerrado como las falanges antiguas, fueron destrozados en Rocroi (mayo de 1643) por la caballería del duque d'Enghien, bajo las órdenes de Condé, que, ejecutando brillante maniobra, cayó sobre la retaguardia de la infantería española.

c) *La aparición de las armas de fuego.*

Las bombardas, de forma caprichosa, vaga e indefinida, que aparecieron sobre los campos de batalla del siglo xiv, sólo jugaron papel insignificante, y no fué sino hasta mediados del siglo xv cuando las bocas de fuego ejercieron una efectiva influencia sobre la forma y los resultados del combate.

La pólvora de cañón debe su origen al arte de las composiciones incendiarias de que nos habla un manuscrito del siglo xiii, y que tomamos del excelente libro *Histoire de l'Armée Française*, por Larousse: "Que avancen los artificieros con el líquido preparado y la nafta. Se elevará una humareda negra y espesa, y el enemigo perecerá por la fetidez y el incendio; sólo podrán salvarse quienes escapen antes de respirar estos gases o ser alcanzados por el fuego. Nadie podrá, durante tres días, penetrar en el teatro del incendio, a causa del humo, de la oscuridad y del mal olor. . ."

Fueron los chinos quienes primero produjeron una mezcla de salitre, azufre y carbón, y utilizaron la fuerza viva de la combustión de este compuesto para proyectar un cuerpo.

Los orientales, y más tarde los árabes, la emplearon para producir los "fuegos griegos". En la Europa occidental las primeras ideas fueron contrarias al empleo militar de la pólvora conocida de sus alquimistas desde el siglo xiii. Y esto se debió a que en un principio las armas de fuego produjeron efectos menores que los de las armas blancas en uso. Además, en las luchas caballerescas de la edad media se consideraba que el uso de armas que herían desde lejos deshonoraba a quien lo practicaba, y que sólo podían servirse de ellas los cobardes. Falta de potencia y descrédito fueron las razones por las cuales las armas de fuego no alcanzaron rápido progreso en el viejo mundo, desde su aparición.

Corresponde a los italianos y a los alemanes el haber sido los primeros que fabricaron cañones fundidos y balas de fierro en los albores del siglo xiv. Pero realmente las primeras armas de fuego eficaces no fueron, propiamente hablando, ni cañones ni armas portátiles, pues pesaban entre 20 y 65 libras. Más tarde se disminuyó el peso de una y se aumentó el de otras, y así vemos que en la batalla de Morat (1476), Carlos el Temerario, de Borgoña, fué derrotado por los suizos, que hicieron buen uso de 6,000 armas portátiles de

fuego, desorganizando las filas de la caballería borgoñesa y destróndolas con la carga de los alabarderos.

Desde tal época la *infantería*, apoyada por la artillería, reconquistó su papel ofensivo, sobre todo cuando estuvo dotada de alabardas, como los suizos del siglo xv, cortas y manejables. Su valor ofensivo disminuyó al adoptar largas picas y formar los famosos cuadros contra caballería.

En el siglo xvi los proyectiles perforaron las armaduras, y las descargas de la artillería diezmaron los batallones, y, como en Marignano (1515), en que el fuego de la artillería francesa de Francisco I preparó el ataque frontal de su infantería sobre los suizos, consumando su victoria, desempeñaron un papel de primera importancia.

Esto provocó una revolución en los procedimientos de combate, pues aunque la caballería continuaba siendo el arma de la decisión, la infantería demostraba que ella puede, con el apoyo de la artillería, atacar y triunfar. Vemos, pues, que los primeros progresos de las armas de fuego son favorables a la ofensiva.

¡Cuánto tiempo ha sido necesario para obtener este primer resultado! Se hace remontar la invención de la pólvora a mediados del siglo vii y es solamente hasta el xv cuando los arcabuces y los cañones son de empleo práctico y tienen un rendimiento efectivo sobre el campo de batalla. A principios del siglo xvi producen el cambio radical que acabamos de señalar, al dar a la infantería un valor ofensivo; pero transcurriría todavía más de un siglo para que la caballería perdiera el primer lugar y el dispositivo de batalla cambiara, y serían necesarios dos siglos más para que el resultado adquirido influyera en la conducción de las operaciones. ¡Mil años debían pasar para que la invención de la pólvora transformara la guerra!

Durante los siglos xvi y xvii las armas de fuego portátiles mejoraron en potencia y, sobre todo, en manuableidad. Al arcabuz sucedió el mosquete, en 1550, con alcance de 400 metros (peso de la bala: 1/10 a 1/8 de libra y el de mosquete y la horquilla juntos, unas 16 libras). A mediados del siglo xvii, al desaparecer las armaduras, se redujeron el peso y el calibre del mosquete, pudiendo, así, suprimirse la horquilla y aumentar la velocidad del tiro.

La táctica de la infantería, durante el siglo xvi, fué una consecuencia de su armamento, cuadros contra caballería, al estilo de las falanges macedónicas, destinados a rechazar con sus picas el choque

de las cargas. Los arcabuceros, forzados a perder mucho tiempo en cargar sus armas, tenían por misión escaramuzar situados en los ángulos del cuadro.

A medida que la carga del arma podía efectuarse con mayor rapidez, se aumentó el número de mosqueteros. Cuando un mosquetero cargaba su arma en el mismo tiempo que se necesitaba para tirar 6 salvas, se obtenía un fuego continuo con pelotones formados en 6 a 8 filas. Obtenido este adelanto, ya se pudo hacer frente a las cargas de caballería, por medio del fuego.

Las infanterías española y austríaca, que conservaban el dispositivo de grandes cuadros, fueron muy inferiores, de 1580 a 1648, a las infanterías holandesa, sueca y francesa, en las que piqueros y mosqueteros se apoyaban mutuamente; los últimos a los primeros, por medio del fuego, y éstos a aquéllos, desorganizando el ataque de la caballería con sus picas.

Después de Rocroi y de Lens, los españoles renunciaron a sus grandes masas de piqueros, y en toda Europa su número fué disminuyendo. Sobre los campos de batalla arrojaron sus picas para recoger los mosquetes. A principios del siglo xvi existía un mosquetero por cinco piqueros; a fines del siglo xvii la proporción se invirtió en teoría, pues en realidad la proporción de mosqueteros era mucho mayor. Mucho influyó en ello el aumento de la velocidad del tiro, pues en aquella época para cargar el arma no se necesitaba más tiempo que el necesario para efectuar 3 ó 4 salvas. Después de la adopción del *fusil de chispa*, cuyo perfeccionamiento se debe a Gustavo Adolfo, de Suecia, y a Vauban, con su famosa invención del *doble pie de gato*, consistente en que sílex y mecha fueran juntos para evitar fallas, el número de filas se redujo hasta 4.

Rapidez y justeza del tiro de las armas de fuego portátiles, que condujo a incrementar la infantería. En efecto, su proporción era apenas dos veces más numerosas que la caballería, en tiempos de Turenne (mediados del siglo xvii), y vemos que en el ejército de Villars, a fines del xvii y principios del xviii, formaba cinco sextas partes de sus fuerzas.

Sin embargo, *la caballería habría de continuar siendo el arma por excelencia de la ofensiva y de la decisión, por sus características de movilidad, maniobra y arrojo en la ofensiva*, y no perdería su primer lugar en el combate sino hasta que la infantería llegara a ser real-

mente maniobrera, esto es, capaz de combinar fuego y movimiento, para ser más fuerte que el adversario, en un punto y en un momento dados.

Las últimas batallas del siglo xvii, especialmente Fleurus (1690) —triunfo de los franceses mandados por el Mariscal de Luxemburgo, sobre los holandeses y alemanes—, son el punto de partida de nuevos tiempos, en atención a la importancia que fué adquiriendo la artillería. La eficacia de las armas de fuego era ya considerable, y para obtener de ellas el máximo rendimiento, las tropas adoptaron un nuevo dispositivo de combate, fase preparatoria, en aquella época, de tanta o más importancia que el ataque; dispositivo que consistía en desplegar en primera línea el máximo de infantería para ocupar todo el frente del campo de batalla y conseguir un fuego denso en toda la línea.

Tal fué la génesis del orden lineal que tanto influyó durante más de un siglo en la conducción de la batalla y de las operaciones. Como inmediato resultado de esta táctica, las tropas perdieron sus cualidades maniobreras, ya que se necesitaba mucho tiempo para que pudieran tomar sus dispositivos de combate desde el momento en que abandonaban la columna de marcha para pasar a la línea desplegada y prepararse para la batalla.

d) *La táctica lineal*

Cuando las tropas de infantería se acostumbraron al uso del fusil, se consiguió, gracias a la rapidez del tiro (3 disparos por minuto), disponer a los soldados en 3 filas, de suerte que cuando una tiraba, las otras recargaban, y como el manejo del arma se había simplificado, los intervalos se reducían.

Los prusianos adoptaron esta formación desde 1720, y los franceses treinta años más tarde. La organización en pelotones permitió que se formara o rompiera fácilmente el dispositivo lineal, pero delgado, gracias a las conversiones por pelotón. La primera evolución conocida fué la *columna por pelotones con distancias enteras*, evolución que facilitó la maniobra de la infantería.

El arma de fuego luchó victoriosamente, pero no sin encontrar dificultades, contra los prejuicios. Y no podría decirse qué hay de más extraordinario en esta lucha, si los progresos técnicos alcanzados o el triunfo obtenido al vencer a la oposición obstinada, no sólo de los

ministros, sino hasta de los generales más renombrados de la época. En efecto, no sólo tenemos a Louvois, que persistió, durante muchos años, en prohibir el empleo del fusil para mantener el de la pica, sino también a Mauricio de Sajonia y Federico de Prusia, que no quisieron admitir la preponderancia del fuego.

Y sólo las repetidas experiencias de sus batallas hicieron que Federico cambiara de opinión, pues en sus principios, de año en año, mantuvo la orden de lanzarse al ataque después de una ligera preparación por el fuego y de disparar lo menos posible, considerando que era el arma blanca la decisiva; pero en 1758 escribía: "atacar al enemigo sin haber conseguido la ventaja de un fuego superior o por lo menos igual, es pretender batir una tropa armada con hombres que no tuvieran sino garrotes, y esto es imposible". Diez años más tarde, en su Testamento Militar, el cambio de opinión era más acusado: "Las batallas se ganan por la superioridad del fuego." Es la frase decisiva que señala una era nueva en el combate. A partir de entonces, que sea en Austerlitz o en Waterloo, en Gravelotte o en Plewna, en el Transvaal o en la Manchuria, *las batallas se ganan por la superioridad del fuego*. El asalto será la operación decisiva, la sanción, sí; pero la preparación de este acto será de capital importancia y, por lo mismo, su influencia será determinante sobre la base final del combate.

Corresponde a la caballería, por regla general, dar el golpe de gracia; pero será la infantería la que, combatiendo rudamente, decida la victoria. Por otra parte, ni la caballería ni la infantería pueden romper por el choque la resistencia del frente enemigo, porque la potencia de fuego de éste es considerable. Ejemplo: la batalla de Fontenoy (1745), en que el Mariscal de Sajonia venció a los aliados austríacos, ingleses y holandeses a las órdenes del Duque de Cumberland, gracias al fuego de sus reductos, que obligó a los ingleses atacantes a amontonarse; pesada masa que, como la de Epaminondas, era incapaz de vencer por el choque.

e) *El orden oblicuo*

Federico II, en la misma época, obtuvo de la táctica lineal cuanto más ésta pueda dar, haciendo concurrir a su *ataque decisivo envolvente, la infantería, la convergencia de fuegos y la carga de la caballería*.

Siendo un hombre genial, no confió en las circunstancias y adoptó una forma ideal de ataque, a la que procuró siempre apegar sus deci-

siones. Mucho se ha discutido sobre el *orden oblicuo* y se ha llegado hasta dudar de su existencia. Napoleón estimaba que semejante sistema era tan sólo una burla, un artificio del viejo Fritz, para inducir en error a los tácticos franceses, que empleaban la expresión de orden oblicuo en el sentido más general de ataque de ala. Bastaría leer unas páginas de las obras militares de Federico para convencerse de que *el orden oblicuo existió realmente*; que fué, como su nombre lo indica, un orden y no un principio abstracto, mucho menos una broma. Federico, al decidir la concentración de sus esfuerzos a la derecha, por ejemplo, sin exponer su izquierda a un desastre, rehusó el ala izquierda, adelantando la derecha.

Desplegado su ejército, hacía progresar el batallón de la derecha, esperando, para hacer avanzar a los otros, que se encontraran a 50 metros retrasados respectivamente del que los precedía por este flanco, quedando así escalonados de la derecha a la izquierda. La artillería pesada y las reservas se concentraban hacia el ala derecha del dispositivo, cuya misión era *desbordar* el ala enemiga para que, abrumada por los fuegos convergentes, pudiera atacarla en el momento preciso con el concurso de la caballería. Vemos, pues, que continúa siendo esta arma la que dice la última palabra, si bien es cierto que lo más pesado de la tarea ha sido realizado por el fusil y por el cañón.

Tal fué la última forma del combate en orden lineal que Federico llevó a su mayor grado de perfección mientras los militares franceses buscaban el progreso en un sentido muy diferente, como veremos en el capítulo siguiente.

f) *El orden mixto*

El despliegue de las tropas para la batalla, sus movimientos, su progresión misma en el ataque, eran mucho muy lentos. Gran número de oficiales se preocuparon, desde principios del siglo XVIII, en encontrar una solución que permitiera acelerar dichos movimientos, sumamente perjudiciales al espíritu ofensivo y a toda maniobra sobre el campo de batalla, pero, sobre todo, que facilitaron el rápido paso del orden de marcha al de batalla, a fin de precipitar el contacto, fijar al enemigo y forzarlo al combate.

El caballero Folard fué quien primero propuso realizar una revolución en la táctica. No viendo sino un aspecto del problema, y por cierto el de menor importancia, el asalto, o sea la última fase del

combate, creyó posible remediar todo sustituyendo el orden lineal delgado como dispositivo de combate, por columnas en masa. Invocando a Epaminondas, creía destruir la obra realizada en dos siglos por la fuerza de las cosas.

La mayor parte de los oficiales instruídos en el campo de batalla reconocieron la dificultad de combatir en semejante dispositivo, reconociendo especialmente que la buena solución no se basaría tan sólo en cambiar el orden de combate impuesto por la experiencia, sino en que se pudiera tomarlo rápidamente, al mismo tiempo que pudiera hacerse frente a lo imprevisto, en cualquier dirección. Tal era el objetivo por alcanzar. Orientados así los estudios, se buscó la manera de encontrar columnas fáciles de formar y desplegar, así como de mover. Los partidarios del orden delgado, basándose en la línea desplegada, y los partidarios del orden profundo, basándose en la columna en masa, tendieron hacia una misma solución, que presentó Guibert en 1764.

Los militares del viejo mundo asistieron, durante el siglo XVIII, desde 1721 hasta 1791, a la querella y a la conciliación entre el orden delgado y el orden profundo. Desde el principio, el fondo de la cuestión se hallaba en esta pregunta: *¿La infantería conduce el combate por el fuego o por el choque?* Los franceses se apasionaron por los procedimientos de Federico II, que reveló el desertor Pirch y que elogiaron jóvenes oficiales que regresaban entusiasmados de sus viajes a Postdam; apasionamiento que persistió de 1771 a 1776. Luego, siguiendo a Mesnil-Durand entre otros, volvieron a la tradición francesa de columnas con distancias cerradas, algunas veces columnas de batallón independientes, flexibles y rápidas en sus movimientos; otras, grandes columnas de división, formaciones de espera buenas para las reservas. Guibert, enemigo de toda exageración, era partidario de una solución intermedia, por él ya presentada desde 1764. Fué entonces cuando el Mariscal De Broglie, partidario de las teorías de Mesnil-Durand, esto es, de columnas ligeras y manejables, provocó, en agosto de 1778, la importante experiencia del campo de maniobras de Vaussieux. Estas maniobras pusieron de manifiesto que las evoluciones de un ejército en orden delgado son pesadas y difíciles; que los movimientos de las columnas con distancias cerradas son preferibles siempre y cuando no se adopten grandes columnas, sino simplemente la columna de batallón propuesta por Guibert.

A fines del siglo xviii ya no existían en Francia partidarios del orden delgado que persistieran en maniobrar en línea, y eran pocos los del orden cerrado que consideraban la columna como formación normal de combate. Se llegó así a la solución de Guibert, que admitía la columna para los desplazamientos y la línea para el combate. Esta sería la táctica que habrían de practicar los ejércitos de la Revolución y del Primer Imperio francés.

El siglo xviii resucitó, al mismo tiempo, los tiradores, que siempre, desde la más remota antigüedad, habían existido hasta fines del siglo anterior; justamente al adoptarse el fusil, y por la tendencia de obtener sobre todo el frente de batalla fuegos densos, se habían suprimido los tiradores aislados, que entorpecían el fuego sucesivo de los pelotones. Pero desde 1759 a las formaciones de orden profundo con que se iniciaban las operaciones, sucedió el combate por el fuego, en línea o en tiradores, reservándose la columna para el ataque de localidades. Y, así, a paso y medida que el tiro se simplificaba, las evoluciones eran más rápidas y menos complicadas. Las lecciones de Guibert iban formando doctrina.

En 1795 las tropas francesas maniobraron en columnas cerradas que se desplegaban en línea al recibir el fuego enemigo. En las grandes batallas, Austerlitz, Iena, Wagram, etc., las divisiones se desplazaban por pequeñas columnas y se formaban en orden delgado para combatir. La columna de Macdonald en Wagram fué una formación improvisada en algunos minutos, tan bien como fué posible, para recibir una carga repentina de caballería.

Cuando Napoleón dejó en libertad a sus generales para tomar la iniciativa, algunas veces cometieron graves errores. Así tenemos a los divisionarios de Ney, en la batalla de Friedland, cargando bajo el fuego de las baterías rusas, uno de ellos con toda su división en larga columna por pelotones; otro conduciendo la suya en línea, con un frente de 1,200 metros. Cuando intervenía el Emperador, prescribía siempre el orden mixto; batallones en columna como sostenes de batallones en línea desplegada, de tal manera que se hallaran en aptitud de rechazar una carga, colmar un vacío de línea de batalla o hacer frente en cualquier dirección. No obstante lo dicho por Marmont y por Gouvion Saint Cyr, asienta Colin, Napoleón fué en esto, como en todo y en toda la fuerza del término, el maestro de sus Generales.

Los ejércitos de la Europa continental adoptaron, de 1806 a 1812,

la manera de maniobrar y combatir de los franceses. Fué a principios de aquel siglo xix cuando el arma de fuego destronó a la caballería y convirtió a la infantería en la "reina de las batallas". Continúa aquella arma siendo un factor de importancia para el éxito, aunque ya no es el agente predilecto de la victoria. La decisión, es cierto, no podrá ser completada sin ella, porque sólo esta arma la transforma en decisiva, pero no será ya ella quien produzca la victoria.

Un húsar, el viejo General prusiano Blucher, en lo más fuerte de su lucha contra Napoleón, pronunció la frase que fijó la situación relativa de las dos armas auxiliares: "Déjenme tranquilo con sus húsares, contra ese bribón; lo que se requiere es cañón, mucho cañón."

Los progresos realizados en las armas de fuego han hecho que la infantería ocupe el primer lugar y el valor de la artillería se incrementa igualmente. En efecto, ya desde el siglo xvi ha sido empleada y ha llegado a alcanzar una proporción de 4 piezas por 1000 hombres, y hasta dotar a los batallones con cañones orgánicos.

En Francia se debe al Teniente General Valliere, a principios del siglo xviii, el haber constituido un sistema de artillería adoptando los calibres, 24, 16, 12, 9 y 4, los tres últimos propios para la guerra de campaña, y los dos primeros para el ataque y defensa de las plazas. Adelanto indiscutible; pero siendo el material pesado y estorboso, resultaba que las piezas eran poco menos que paralíticas y de difícil desplazamiento y, por lo mismo, era fácil perderlas en virtud de la dificultad para llevarlas consigo en una retirada. Y mientras esto pasaba en Francia con respecto a la artillería, olvidándose la tradición de sus cañones ligeros adscritos a las vanguardias y a la caballería, la mayor parte de los estados de Europa central habían dotado a su infantería con piezas denominadas "suecas", en recuerdo del empleo que de ellas hicieron Gustavo Adolfo y Carlos XII en todas sus batallas.

A mediados del siglo xviii, Belidor, eminente profesor de la Escuela de Artillería francesa de La Fere, hizo triunfar sus teorías al conseguir que el ejército de su país adoptara una pieza ligera de 4, cañón de infantería que serviría de modelo para la artillería de campaña en todas las guerras de la Revolución y del Imperio.

Casi simultáneamente, y en vista de las críticas al *sistema Valliere*, se encomendaron las reformas a Gribeauval.

¿En qué se basaban estas críticas? En la necesidad de fijar los

calibres de campaña y de sitio, en la determinación de la dotación de campaña para un ejército de 100,000 hombres, en el modo de empleo del cañón de infantería, en la determinación precisa de ajustes y accesorios, en las reglas de construcción para los morteros y obuseros, en los modelos de proyectiles y cartuchos, etc., etc.

Gribeauval cumplió satisfactoriamente su comisión creando el sistema que llevó su nombre. Sistema cuya organización descansó en la distinción entre artillería de campaña, de sitio, de plaza y de costa, y cuyas características esenciales consistieron en hacer el material más sólido, más móvil y más uniforme, así como obtener mayor rapidez en el tiro y mayor precisión.

La táctica de la artillería en el combate, durante la Revolución francesa, estaba basada en la maniobra de las piezas y en que la artillería por regimientos de infantería alcanzó cierto desarrollo, si bien es cierto que a causa de la repartición excesiva de las piezas y de su escasa potencia, su rendimiento fué poco menos que nulo. Abandonada desde 1789, la artillería regimental fué restablecida de 1809 a 1813, en que definitivamente dejó de existir.

Los cañones se mantenían siempre en contacto con la infantería por ellos apoyada. En consecuencia, el actual problema del enlace infantería-artillería no existía. Toda la artillería era, en resumen, artillería de apoyo y de acompañamiento inmediato.

Bajo el Imperio, en cada parque de artillería de ejército existían, además de los calibres de campaña, algunas piezas pesadas de 16 ó 24 corto (6 u 8 por ejército), destinadas a los ataques repentinos, así como para reducir castillos y pequeños fuertes; es decir, artillería pesada de campaña, en el sentido considerado por los alemanes en 1914.

La idea del empleo de la artillería por concentración de fuegos, es decir, de obrar en masa, progresó día a día durante las guerras del Imperio. Siendo reducido el alcance de los cañones, la concentración de los fuegos implicaba en aquella época concentración de medios; en Valmy, Sénarmont formó una batería de 24 piezas; en Friedland, Sénarmont, hijo, condujo el fuego de 40 piezas; en la Moskowa el contraataque ruso fué rechazado por una batería de 80 cañones mandados por Sorbier.

En Wagram, mientras que Lauriston preparaba con 100 piezas el ataque central sobre Sussenbrun, la marcha de Masséna se cubría con el fuego de su artillería, que progresaba por saltos sucesivos.

Vemos que fué necesario llegar hasta principios del siglo XIX para que la artillería volviera a ser empleada como es debido, y que el efecto de su fuego, reconocido desde la batalla de Margnano, se aprovechara en la ofensiva. Esto se debió, principalmente, a que las guerras civiles arruinaron a los estados europeos, impidiéndoles mantener una artillería numerosa.

Friedland (1807) es el primer ejemplo en que un ataque frontal tiene éxito, gracias al efecto producido en las filas rusas por la metralla y las balas de los cañones franceses. Este empleo brutal de la artillería y las brechas abiertas por sus proyectiles en las masas humanas se repitieron en Wagram, en Borodino y en todas las batallas de 1813. Ya no son Ney ni Murat, sino Drouot y Sénarmont, quienes ocupan el primer lugar.

Pero bien pronto la artillería fué contrabatida por sí misma. Al violento fuego de sus baterías respondió el de las adversarias. La acción del cañón quedó neutralizada a su vez, y para que pudiera predominar sobre el campo de batalla, sería preciso que superara a la del enemigo, tanto en cantidad como en calidad.

Napoleón decía: "El descubrimiento de la pólvora cambió la naturaleza de la guerra, porque las armas arrojadizas son las armas principales; *es por el fuego, y no por el choque, como se ganan hoy en día las batallas.*"

g) *La batalla antigua*

En los capítulos anteriores analizamos, en forma muy condensada, las transformaciones sufridas en la forma de combatir desde la antigüedad hasta la aparición de Bonaparte; y algo, bien poco por cierto, dijimos sobre la manera de combatir de la artillería, como lógica consecuencia del progreso de las armas de fuego durante las guerras del Primer Imperio francés.

Antes de abordar este capítulo, interesa recordar las definiciones que, en nuestro concepto, son las mejores acerca de combate y de batalla.

"*Combate* —dice el coronel Bernard— es la acción ofensiva o defensiva de unidades armadas, generalmente encuadradas y que sólo pueden ser empleadas frente contra frente."

“Batalla —define el mismo militar francés— es la serie de combates o combates yuxtapuestos librados por varios cuerpos articulados cuyo jefe determina las direcciones y la maniobra para alcanzar un resultado decisivo sobre una parte o sobre todo un teatro de operaciones.”

Hemos estudiado hasta aquí lo que podríamos llamar el combate elemental, una parte del propio combate o de la batalla, la lucha entre dos tropas encuadradas a derecha e izquierda por otras y opuestas frente contra frente. Vimos, a grandes líneas, la manera de combatir impuesta por el armamento en las diferentes épocas.

Ahora bien, no es posible descomponer *toda* la lucha entre dos ejércitos en combates elementales librados sobre un frente rectilíneo, porque en diferentes puntos del campo de batalla existen salientes, centros de resistencia, puntos de apoyo, etc., cuyas dimensiones no alcanzan, o apenas sobrepasan, la profundidad sobre la cual se escalona una tropa para el combate, y es sobre dichos puntos, cualquiera que sea su importancia, como los comandantes buscan, y algunas veces maniobran, combinando una acción de flanco con un ataque de frente sobre un saliente, consiguiendo la indiscutible ventaja de cruzar sus fuegos. A su vez, el Mando Superior busca desbordar o envolver un ala, para encontrar un terreno de progresión más fácil y así cortar o amenazar las comunicaciones del enemigo.

Es esta una característica común a las batallas de todos los tiempos. En efecto, en la batalla antigua hemos visto cómo el combate de frente no condujo a ninguna solución, y que sólo el ataque de flanco o de revés, llevado a cabo algunas veces por tropas numéricamente insignificantes, condujo a la victoria.

En Maraton, los frentes persa y griego peligrosamente, pero se restablecieron con facilidad. Milcíades había conservado detrás de las alas de su falange tropas en reserva que lanzó al ataque cuando juzgó que su intervención era propicia; tropas que desbordaron a los persas, amenazando envolverlos, y así, con fuerzas inferiores, desplegadas sobre un gran frente, obtuvo la victoria.

Tal era la forma de batalla cuando sólo la infantería intervenía. Más tarde Alejandro, gracias a su numerosa caballería, pudo operar con mayor amplitud llevándola sobre el flanco del adversario, simultáneamente con el ataque frontal de su infantería. Aníbal, en

Cannas, destrozó las legiones romanas cogiendo las dos alas con su famosa caballería.

En la Edad Media la victoria se alcanzaba, bien por una carga de flanco, o bien contraatacando después de un torpe ataque del adversario.

En tiempo de Gustavo Adolfo, Condé y Turenne, el dispositivo de batalla era idéntico al de la Edad Media. Fué la caballería, colocada en las alas, la que decidió de la batalla, y en el combate de caballería el éxito se logró desbordando al adversario. En Rocroi, como en Lens, la mayor preocupación de Condé fué la de contar con algunos escuadrones disponibles para lanzarlos sobre el flanco enemigo y convertir la mezcla en persecución.

Hasta el siglo xvi la infantería fué incapaz de ejecutar maniobras sobre las alas, porque no podía romper sus líneas sin grave peligro. Además, las unidades encargadas de esa misión requerían movilidad y rapidez en sus evoluciones, cualidades que no poseía la infantería de la época. Fué la caballería, que sí gozaba de ellas, el arma esencial de la maniobra.

Pero cuando el progreso de las armas de fuego se acentuó y el tiro de la infantería fué bastante rápido, esta arma principió a maniobrar, como en Fleuru, en donde la infantería francesa ejecutó una gran conversión para apoyar la maniobra de la caballería.

La artillería, aun cuando muy numerosa desde principios del siglo xvi, no pudo progresar porque el siglo siguiente fué de miseria para los estados europeos, como consecuencia de las guerras intestinas. Las lecciones de Pavía o de Marignano no serían aprovechadas, y sólo sería hasta principios del siglo xix cuando la intervención de la artillería habría de ser decisiva en la batalla: Friedland y Wagram.

h) La batalla del siglo xviii

No fué sino hasta mediados del siglo xviii cuando se aprovechó toda la potencia de las armas de fuego. Se comprendió, entonces, que se puede dejar sin peligro espacios no ocupados, así como irregularidades en el frente, sobre todo si éste está protegido por tiradores.

Durante la Guerra de Siete Años los ejércitos adoptaron dispositivos menos uniformes, ya fuera escalonando los batallones, como en el orden oblicuo, bien agrupándolos sobre ciertos puntos esenciales,

despreciando los secundarios. Se combatía en toda clase de terrenos, por cortados y cubiertos que fueran.

Federico II, aprovechando la instrucción excepcional de sus tropas, maniobró con su infantería sobre el propio campo de batalla. Así, sin que la caballería dejase de ser el arma por excelencia de los grandes movimientos decisivos, fraccionó sus líneas de infantería y ejecutó ataques convergentes en los que la infantería provocó la decisión.

A fuerza de precisión y de rapidez en los movimientos, el ejército prusiano pudo desplazarse sobre el campo de batalla para marchar contra el ala del enemigo y desplegarse repentinamente sin darle tiempo para que cambiara su dispositivo. Leuthen es el ejemplo clásico, casi esquemático, de la maniobra federica.

Si Federico obró en Leuthen con todas sus fuerzas íntimamente reunidas, no vaciló, en cambio, en distribuir las cuando el terreno se le impuso, como en Praga.

Así, pues, ya desde mediados del siglo XVIII se había comprobado debidamente que los ejércitos podían combatir, no como antes, en una sola masa o en una línea indivisible, continua, regular, sino en varios cuerpos separados. Estos cuerpos de ejército o divisiones, por regla general, sólo dejaban entre sí los intervalos que podían batir con sus armas; pero el ejemplo de Torgau muestra que algunas veces las ventajas que se pueden obtener de los grandes movimientos envolventes son superiores, ante los ojos del General, a los peligros de una separación de sus unidades.

La amplitud de los movimientos envolventes es una de las consecuencias del progreso de las armas de fuego, que, si bien es cierto permiten en ocasiones romper por el fuego las líneas enemigas, aumentan sobre todo la acción de los ataques de flanco, permitiendo realizarlo con cuerpos separados del grueso.

Guibert decía: "Lo que proporciona en un ataque la mayor ventaja, la decisión, es, sin género de duda, flanquear, voltear o envolver al enemigo." Esto que preconiza Guibert fué, en resumen, lo que Federico realizó, por prodigios de habilidad, con un instrumento anticuado y que posteriormente realizarían más fácilmente, con procedimientos nuevos, Napoleón y sus Generales.

Estas nuevas ideas tácticas tenían que poner a disposición de dichos Generales el medio de maniobrar sobre el campo de batalla.

El principio divisionario nació en 1759, bajo la impulsión del

Mariscal De Broglie. Gracias a él la ejecución de la maniobra estratégica fué posible porque, permitiendo la repartición de un ejército en grandes unidades, éstas podrían marchar a la batalla por diferentes direcciones y sobre cada una de ellas las columnas divisionarias progresarían rápidamente hacia el campo de batalla, para desplegarse prontamente gracias a los procedimientos aconsejados por Guibert: "Antiguamente los movimientos que disponían un ejército en columna o en batalla eran tan lentos y tan complicados, que se necesitaban muchas horas para tomar un dispositivo general. Además, precisaba pasar del orden de marcha al de batalla muy lejos del enemigo. Actualmente, mejor dicho, en lo sucesivo, los movimientos que pondrán a las tropas en columna o en batalla, siendo sencillos, rápidos y aplicables a toda clase de terreno, se encontrará en orden de batalla lo más tarde y lo más cerca posible del enemigo, en vista de que las columnas son más fáciles de remover que las líneas."

i) *Las batallas de la Revolución Francesa*

La generación que sucedió a la de estos maestros del arte militar en Francia actuó siempre en el campo de la acción de acuerdo con estas teorías. El principio divisionario quedó definitivamente admitido en Francia y bien pronto dió los mejores frutos, explotado por un soldado de genio: Bonaparte.

Dumouriez, apegado aún a las lecciones de la vieja escuela, no se atrevió a ensayar grandes movimientos envolventes; sin embargo, su ejército maniobró de acuerdo con los principios del Mariscal De Broglie. En efecto, en Neerwinden (1793) los aplicó haciendo que su ejército marchara en 8 columnas agrupadas en tres cuerpos; sus divisiones se desplegaron sobre sus vanguardias y combatieron separadamente sin preocuparse en el alineamiento ni en el contacto codo a codo entre sí. Y si los austríacos le arrebataron la victoria, ello se debió a su falta de comprensión del nuevo sistema para dirigir y coordinar la acción.

La batalla de Wattignies, en donde Jourdan atacó con sus 56,000 hombres sobre un frente de 20 kilómetros, puso de manifiesto estas nuevas ideas. En ella, Jourdan y Carnot derrotaron a los austríacos, gracias a su clara visión de apoderarse de la aldea de Wattignies, evitando así la maniobra envolvente del adversario sobre su ala derecha.

Estos movimientos por divisiones, esta diseminación de las columnas sobre grandes frentes, no sólo fueron ejecutados por el ejército francés del Norte, sino también por todos los Generales franceses de la época y aun por sus adversarios austríacos que operaron en Alsacia y en el Sarre. Sólo los prusianos, sin seguir estrictamente los principios sentados por Federico II, conservaron más cohesión en sus movimientos y mantuvieron sus ejércitos reunidos.

La batalla de Neresheim (1796) nos muestra cómo el sistema divisionario necesita Generales capaces para aplicarlo, pues la torpeza de Moreau puso de manifiesto los errores a que puede conducir cuando sus ventajas se exageran. No teniendo a la mano sino 35,000 hombres, mientras el ejército del Rhin a sus órdenes sumaba casi el doble, dispersó más aún el núcleo enviando la división Duhesme a 10 kilómetros de su ala derecha, sin idea de maniobra y sin enlace. Le restaban sólo 28,000 hombres sobre el campo de batalla y no los dispuso ni maniobró acertadamente durante la sangrienta batalla de Neresheim, por lo que estuvo a punto de ser derrotado por un enemigo inferior en número, salvándolo sólo la destreza de sus divisionarios Desaix y Saint-Cyr, que supieron conducir los combates de sus grandes unidades.

Esta batalla, mal conducida, nos muestra que en el momento en que Bonaparte apareció en la escena del mundo, los ejércitos francés y austríaco, los más importantes de Europa, empeñaron sus divisiones aisladamente en un frente de 35 kilómetros, encontrándose las divisiones de ala a 8 ó 10 kilómetros del grueso. Los Generales franceses que habían recibido alguna instrucción militar antes de la revolución, como Dumouriez o Carnot, sabían repartir sus fuerzas y concentrarlas sobre el punto elegido para el ataque decisivo; los otros, Hoche, Jourdan, Moreau y la mayor parte de los Generales austríacos, eran incapaces de combinar su acción.

Y de las viejas costumbres de las generaciones pasadas, de presentar batalla con todo el ejército reunido, combatiendo en un solo bloque, se pasó a la maniobra de Generales inhábiles que mal comprendían el sistema divisionario, opuesto al sistema lineal, y que, como Moreau, en los combates que libró después de pasar el Rhin, en 1796, sobre el Kinzing y el Rench, malamente llamadas batallas desde Rastadt hasta Ettlingen, no presentaron una que fuera decisiva y que diera a Francia el verdadero triunfo sobre sus numerosos co-

aligados. Preciso sería que Bonaparte triunfara en Italia para que esto sucediera y para que el sistema divisionario fuera realmente aprovechado por su genial concepción y magistral ejecución y conducción de las operaciones.

j) *Las Batallas de la Primera Guerra Mundial (1914-1918)*

En 1914 todas las primeras potencias militares europeas habían principiado a darse cuenta de las nuevas condiciones impuestas a la guerra, como consecuencia de los progresos de todo género realizados durante el siglo XIX.

El armamento perfeccionado modificó el combate, la batalla; pero una transformación del conjunto se imponía por el perfeccionamiento de los medios de transporte, transmisiones y, sobre todo, por el gran incremento de los efectivos militarmente instruidos. Además, vivir sobre el país había sido, hasta fines del siglo XVIII, casi regla general de los ejércitos en campaña, principio imposible de satisfacer estando la nación en armas. Por lo tanto, la región del interior adquiriría gran importancia militar, y podría calificarse de vital la que alcanzaban las líneas de comunicación que la conectaban con los "frentes" que abastecían de víveres, municiones y materiales de todo género.

Los ejércitos movilizados, por sus efectivos, en lugar de semejar la red de amplias mallas de la "Grand Armée" de Napoleón, que el inmortal corso lanzara sobre el enemigo en maniobras de gran amplitud, semejaron pesados rodillos que todo lo debían aplastar a su paso. A primera vista, toda idea de maniobra parecía imposible, lo cual era falso, como se observó en las batallas de fronteras y en el Marne. A retaguardia de los frentes en contacto, la densidad de las tropas varía, lo que permite una sucesión de esfuerzo. Los movimientos antes ejecutados por vía terrestre se llevaban a cabo por vía férrea, y los ferrocarriles intervenían en las decisiones estratégicas del Mando, en forma decisiva.

En la batalla, la extensión de los frentes se había ya producido desde las guerras del Transvaal y rusojaponesa; extensión justificada por la potencia y los efectivos de los ejércitos modernos.

Como consecuencia de semejante extensión, algunos estrategas calificados consideraron que la maniobra desbordante o envolvente no podría realizarse más, ya que los Ejércitos, gracias a sus considerables efectivos, buscarían el apoyo de sus alas en obstáculos infranqueables.

Y a la noción de "espacio" se sumaba la de "duración", previsible por la posibilidad de empeñar combates y batallas que podrían prolongarse semanas enteras sin obtener ninguna decisión.

Estas fueron las teorías sustentadas en las aulas de la Escuela Superior de Guerra de París, desde 1905, por el Coronel Verraux, en su Curso de Táctica general; teorías que los hechos comprobaron.

Batalla inconmensurable, hecha de cien combates aislados y, sin embargo, batalla única, porque se desarrolla bajo el impulso de un mismo Jefe que, disponiendo del telégrafo, del teléfono y del radio, transmite sus órdenes instantáneamente de un extremo a otro del frente y que podrá, gracias a los medios rápidos de transporte, camiones y ferrocarril, maniobrar con las fuerzas a su disposición.

Y a estas consideraciones de carácter táctico-estratégico, que determinaron la fisonomía de las batallas de la pasada conflagración mundial, es preciso agregar las relativas al armamento de la época.

Al estallar la contienda, la artillería alemana había logrado una evidente superioridad en cuanto a su tipo pesado, que le facilitaría la tarea de contrabater al excelente cañón francés de 75 mm., aprovechando para ello su mayor alcance y potencia.

La aviación, después de la travesía del Canal de la Mancha, por Blériot, se vió participando en las maniobras, y la aerostación se desarrolló, igualmente, en el ejército.

Los transportes motorizados militares, aun cuando experimentados, no habían alcanzado realmente un desarrollo digno de mención; contaban los Gobiernos, sobre todo, con la movilización de automóviles y camiones de particulares y empresas civiles.

La entrada en guerra siempre ha traído sorpresas a los beligerantes. Con los progresos de la ciencia y de la industria, las sorpresas técnicas, no menos importantes que las estratégicas y las tácticas, se han venido a sumar a éstas. Cuando, como en la guerra de 1914-18, interviene un tercer factor, el de la duración, estas sorpresas se producen durante el curso de la lucha; pero, al mismo tiempo, los adversarios tienen oportunidad para buscar la parada. Esto explica la constante evolución de los ejércitos durante el curso de la guerra de 1914-18, fenómeno que se repite y amplifica en la actual.

Durante la guerra, el ejército encuentra el hilo conductor en el desarrollo mismo de las operaciones, cuyo buen éxito o fracaso constituye la piedra de toque y la guía de su progreso.

Consideradas desde este punto de vista general, las batallas de esta época presentan tres períodos: el *primero*, guerra de movimiento, conduce, después de las grandes batallas de fronteras y del Marne, a la inmovilización de los adversarios, lo que significa equilibrio de fuerzas; el *segundo*, guerra de trincheras, de tres años, que da lugar a la producción, de una y otra partes, de medios más y más poderosos de ataque y defensa, sin que ninguna ofensiva pueda, en el frente principal y decisivo, el occidental, triunfar sobre la resistencia de los frentes organizados, y el *tercero* principia cuando el incremento y la perfección del *armamento* permite la aplicación de nuevas concepciones que preceden a la gran batalla final de 1918.

Durante el año de 1917, el esfuerzo de los beligerantes se aplicó a dotar a sus ejércitos del material moderno necesario, adaptando su organización a la potencia de este material y a la economía de efectivos impuesta por las fuertes pérdidas sufridas, sin olvidar las lecciones de los primeros años de guerra, en cuanto a la concepción y conducción de las operaciones.

Desde los primeros encuentros, la realidad del campo de batalla había convencido a los combatientes de la potencia de fuego y de la importancia de la *artillería pesada*. Se requiere tirar mucho, tirar con justeza y poder tirar lejos, lo que produce la crisis de municiones y el rápido desgaste de las piezas. La técnica del artillero se complica con regímenes de tiro muy variado, como son: tiros de barrera, fijo o móvil, de interdicción, de destrucción y neutralización, de contrapreparación ofensiva, de contrabatería, etc., de vital interés para toda tropa que ataca o se defiende. El perfeccionamiento del tiro se logra por métodos de referencia por el sonido, observación terrestre y aérea, preparación topográfica y desarrollo de todos los medios de enlace y transmisiones, así como por sondeos meteorológicos. Finalmente, la artillería antiaérea, que en 1914 se hallaba en pañales, progresó grandemente.

La *infantería* transformó radicalmente su organización como consecuencia de la adopción del *fusil ametrallador*, creando, para su servicio, el grupo o pelotón de combate; aumentó al doble las ametralladoras de los Batallones, que recibieron en 1915 los cañones de 37 mm. para batir con precisión, a distancia, las ametralladoras del enemigo. Otra transformación no menos importante sufrió el Arma

con la adopción de armas de tiro curvo, indispensables para batir al adversario atrincherado.

Débase al genio inventivo y a la voluntad realizadora del General Estienne la creación del carro de combate, llamado por su autor, en un principio, artillería de asalto: sobre el frente de l'Aisne, en 1917, se emplearon 160 ingenios blindados contra las líneas alemanas. La experiencia costó la vida al comandante Aossut, del agrupamiento heroico, y los resultados no fueron buenos.

La *aviación*, en 1914, empleada en reconocimientos, proporcionó al Mando francés importantes servicios. Al año siguiente, los ejércitos beligerantes buscaron la ruptura de los frentes por medio, previamente, de una destrucción de las organizaciones defensivas, aplicando el tiro de grandes masas de artillería; tiro que fué observado y controlado por el avión. Los globos esféricos, más tarde alargados (salchichas), participaron en esta misión. En 1915 grupos de bombarderos tomaron parte en los ataques y prolongaron la acción de la artillería. Finalmente, para proteger a los aviones amigos y oponerse a la acción de los enemigos, fué creada la aviación de caza.

Los cuerpos de *ingenieros*, Arma del trabajo, se multiplicaron para satisfacer las necesidades de una guerra de trincheras y cada día mas científica, duplicándose la dotación divisionaria de zapadores minadores, incrementándose los servicios de telegrafía y radiotelegrafía, creándose compañías de zapadores encargadas de la técnica de los gases de combate, aumentándose las tropas de ferrocarrileros, formándose unidades de caminos y de explotación de canteras para asegurar la conservación de los caminos sometidos a un gran tránsito de tropas y material en camiones.

Las grandes unidades experimentaron, durante los tres primeros años de la guerra, modificaciones profundas. Los acontecimientos de la guerra de movimiento habían conducido al Comando a utilizar algunas veces la División fuera del cuadro de su Cuerpo de Ejército de origen. La lucha sobre un frente estabilizado aumentó la frecuencia de esta práctica, y en 1916 fué admitido normalmente que las Divisiones podrían combatir y encuadrarse en cualquier Cuerpo de Ejército, decisión que obligó a dotar a las Divisiones con todos los órganos necesarios para desplazarse, vivir y combatir separadamente: parques de artillería y de ingenieros, órganos del servicio de intendencia y de sanidad, transformándose así la División en la más pe-

queña de las grandes unidades, unidad de combate y de transporte. Por otra parte, el Comando no podía hacer frente a todas las necesidades estratégicas sin contar con un número más importante de Divisiones, lo que se logró debido a diversas circunstancias favorables, desde luego la potencia del nuevo armamento, que permitió reducir a nueve los doce Batallones de la División, aumentando el número de éstas.

En cuanto al Cuerpo de Ejército, unidad de batalla, se aligeraron en gran parte sus servicios, puesto que las Divisiones podían vivir y combatir por sus propios medios, sirviendo de encuadramiento de estas grandes unidades para la conducción de la batalla y perfeccionándose así el principio "divisionario" de las guerras de la Revolución francesa.

La articulación del Comando Supremo para la dirección estratégica de los ejércitos, compuestos de un número variable de cuerpos de ejército, se reorganizó por la creación de grupos de ejércitos, órganos de comando táctico, verdaderos *trait d'union* entre el General en Jefe y los Ejércitos que los integran, para la mejor conducción de las operaciones tácticas.

De las lecciones militares de la guerra de 1914-18 se desprende que el dominio de los mares, como hoy en día acontece, es un factor capital para alcanzar la victoria. Indudablemente que el 2 de agosto de 1914, en que Winston Churchill lanzó la orden de movilización de la marina británica, marca en los anales de la humanidad una fecha importante, porque la marina fué, en efecto, el instrumento del bloqueo que estranguló a los imperios centrales, debilitando gradualmente su resistencia.

LOS PRINCIPIOS DE LA GUERRA

a) *Exposición y concepción.*

Los elementos principales que actúan en la guerra son: *el hombre, la naturaleza y el armamento.*

El *hombre* es un ser sociable, no sólo por la insuficiencia de sus facultades, que le hace depender de los demás para satisfacer sus necesidades, sino también por disposición de su ánimo, inclinado a la conveniencia propia. Pero de la convivencia social, así entre individuos como entre naciones, se derivan también conflictos que tienen su origen en distintas causas. Esas relaciones humanas y esos conflictos derivados de ellas entran de lleno en el campo de la *sociología* ya que la guerra es un fenómeno social.

En el hombre existen:

Facultades intelectuales, que producen especiales ideas, prejuicios, creencias, etc., el estudio de todo lo cual corresponde a la *psicología*.

Facultades morales, que se traducen en sentimientos, inclinaciones, hábitos, etc., que pertenecen al campo de la *ética*.

Facultades físicas, fuerza, agilidad, resistencia para la fatiga, etc., que son objeto de la *fisiología*.

El conocimiento de estas facultades, respecto de las agrupaciones étnicas que integran los ejércitos, es indispensable al Mando, tanto para hablar al alma de los soldados en sus órdenes y alocuciones, enardecidos y elevando su moral, como para saber qué esfuerzo se les puede pedir, cuándo y cómo.

También debe conocer el Mando estos datos respecto del enemigo, para formarse un juicio completo de los hombres que se hallan frente a él.

Por lo que respecta a la *naturaleza*, es preciso distinguir que las leyes generales que la rigen se agrupan en ciertas *ciencias*, por una parte, y en condiciones y circunstancias del *terreno*, por la otra.

De las primeras, la *geometría* tiene aplicación en las líneas en

que actúa el ejército: fronteras, plazas, fortificaciones diversas, etc.; la *mecánica* (aparte sus aplicaciones en la fabricación y las características del armamento y del material) afecta al movimiento de las masas y móviles diversos que actúan en la guerra, y la *meteorología* a las condiciones atmosféricas y sus alteraciones, por lo que influyen en las operaciones terrestres y, en la época actual, en las aéreas.

En cuanto al *terreno*, diremos que la *geología* trata de su constitución y de las circunstancias de cada una de las épocas o formaciones terrestres, e influencia que puede tener en la guerra; que la *geografía* afecta más al campo de la estrategia, y la *topografía* al de la táctica.

El terreno es el primer factor que debe ser analizado en todos los problemas de combate, bien entendido que debemos tomarlo en su sentido más amplio, es decir, para el infante, el dragón y el artillero, comprende cuanto los rodea: el suelo sobre el que marchan, las obras humanas que los favorecen o perjudican, etc.; para el aviador abarca la parte de tierra en donde se encuentra su aeródromo, los espacios sobre los que tiene que volar, los objetivos que busca para bombardear, el aire a través del cual vuela, etc.

Como en el pasado, la estrategia y la táctica se encuentran indisolublemente ligadas al suelo sobre el que combatimos, al mar que surcamos y a la atmósfera que respiramos.

El *armamento* ha experimentado una evolución constante y profunda. Los ingenios del pasado, empleados en la lucha cuerpo a cuerpo o a pequeñas distancias, no han desaparecido del todo; pero al lado de ellos hemos visto aparecer toda una variada gama de armas destinadas al combate a medias y grandes distancias: arcos y balistas, culebrinas y mosquetones, cañones y ametralladoras, dirigibles y aviones llevan la muerte a distancias cada vez más grandes; incremento en la potencia del armamento, que ha transformado el arte de la guerra, provocando desorientación en algunos espíritus que han juzgado que, por la importancia de este factor, sería en lo futuro el decisivo y los hombres sólo servirían para utilizarlo, como los obreros hacen trabajar sus máquinas en los talleres de una gran fábrica de productos en serie.

Es evidente que la evolución que constantemente tienen las creaciones de la inteligencia aplicables a la guerra y que se traducen en progresos científicos, división del trabajo, colaboración o cooperación, organización militar variable, nuevos métodos de combate y, en fin,

las *armas* y lo que se llama *ingenios* de guerra, ha producido las mayores y más profundas transformaciones de la guerra, aunque sin dejar de tener capital importancia, frecuentemente decisiva, los factores *hombre* y *naturaleza*.

En resumen, podemos decir que en la guerra han entrado siempre, y seguirán influyendo capitalmente, estos factores preponderantes:

Fuerzas *morales*.

Elementos *materiales*.

Procedimientos de lucha.

Las fuerzas morales siguen actuando en forma análoga, pues la naturaleza del hombre no ha variado. Este es, pues, un factor *invariable*.

En cambio, los medios materiales son un factor *variable*, por los progresos científicos e industriales.

Por lo que toca al tercer factor, cabe decir que la batalla presenta un carácter inmutable desde el punto de vista moral, y un carácter esencialmente variable desde el punto de vista técnico, distinguiendo en este concepto la parte de los principios, que siempre siguen siendo los mismos, y la de la táctica de combate, que se transforma sin cesar.

b) *División general de los Principios de la Guerra.*

Aunque es difícil condensarlos y clasificarlos bien, pueden agruparse en los siguientes conceptos:

1º Principios *político-militares*.

2º Principios *militares propiamente dichos*.

1º Principios *político-militares*. Hacen referencia a la alta dirección de la guerra, en relación con los objetivos nacionales, que la política señala y la guerra trata de lograr, a diferencia de los principios y reglas netamente militares, que atañen exclusivamente a la conducción y al empleo de las tropas y de sus elementos para la batalla o en ella, y aun después de la batalla, a fin de recoger, tan amplia y decisivamente como sea posible, los frutos del triunfo.

En tal orden de ideas, el primero de tales principios es éste: *entre la política y la dirección de la guerra debe haber estrecha concordancia*.

La política y la guerra han de desarrollar sus acciones respectivas de perfecto acuerdo, cumpliendo, o tratando de cumplir, la segunda, estricta y exclusivamente las finalidades que la primera señale.

No se trata de que la política influya en la estrategia pura, interviniendo directamente en la concepción y ejecución de los planes militares. Son cosas coincidentes que no deben estorbarse una a otra, sino completarse. La política señala objetivos y da directivas inspiradas en su orientación general, y la dirección militar actúa para su consecución, sin tratar, a su vez, de inmiscuirse para nada en la política.

Napoleón tenía en este aspecto, como Jefe de Estado y Generalísimo, una doble ventaja: concentrar en su persona la dirección política y la militar. Esto, fácil de lograr en las dictaduras y en los poderes personales absolutos, es más difícil en los países de régimen democrático, en donde es necesario, para que la acción política y la militar marchen de perfecto acuerdo, crear organismos adecuados como es el Consejo Supremo de la Defensa Nacional.

El principio de concordancia de la política y la guerra afecta a una ley de la Naturaleza: la *armonía*.

La inspiración u orientación de la política no se concreta, en lo que atañe a la guerra, solamente a la acción de las armas, sino que también se muestra en otros asuntos relacionados con la campaña.

En resumen, el Mando Militar no debe perseguir objetivos que no le hayan sido señalados por la política, ni sobrepasar o alterar las finalidades que ésta se haya propuesto lograr con la acción guerrera, y la política debe asesorarse de aquél para el mejor logro de esas finalidades.

Otro principio del orden que examinamos es éste: *adaptación de los medios al fin*.

Afecta a la organización que se ha de dar al ejército, a la marina y a la aviación, a la defensa de costas y de fronteras, a los aeródromos, a las fábricas de armamento, de material y de productos aplicables a la guerra; trazado de ferrocarriles y carreteras, etc., según las aspiraciones políticas del país de que se trate, sus planes militares, temores o previsiones respecto de posibles adversarios.

Otro principio de orden político-militar es el siguiente: *No basta derrotar al ejército contrario; hay que destruir la moral del país enemigo y quebrantar su voluntad de luchar*.

De este principio tenemos muchos ejemplos en la historia. Recordemos a España, que marcó, con su resistencia indomable a los ejércitos napoleónicos, el principio del fin del mejor capitán de todos

los siglos; a Polonia, caso magnífico de vitalidad de la voluntad nacional, que, después de más de un siglo de haber sido vencida militarmente, resurgía porque sus habitantes conservaron durante la desgracia el sentimiento nacional, el idioma y, con todo esto, la voluntad indomable de volver a luchar por su independencia.

Actualmente Francia, Polonia, Bélgica, Yugoslavia, Grecia, Noruega y todos los países vencidos militarmente por los nazifascistas, nos ofrecen las pruebas más convincentes de la supervivencia de este gran principio político-militar.

2º Principios *militares*, propiamente dichos. Entre las características de la personalidad humana hay una que afecta primordialmente a la guerra, por descansar sobre el dinamismo resolutivo: constituyendo la ley esencial de la guerra: *la acción*.

La acción, sinónimo de vida, de vigor, de movilidad, de impulso dominador, en fin, es antítesis de *inacción*, símbolo de muerte, de renunciación, de vencimiento consentido.

La acción, por ser síntoma de vida y de dinamismo, va señalada en la guerra por una característica inseparable: *la actividad*.

No olvidemos que Bonaparte decía que la guerra es un arte *todo de ejecución*, o sea, de *acción*.

La acción, pues, se refiere a actuar, a “hacer” y, por lo tanto, afecta al *arte*. La obra artística, para que alcance la suma perfección, debe reunir estas tres cualidades: *unidad, variedad y armonía*.

En la acción guerrera estas cualidades deben representar lo siguiente:

La *unidad* supone el *mando único* para concebir los planes de guerra y tener la dirección de su ejecución.

La *variedad* descansa en:

- posesión de medios de guerra de todas clases, y
- organización perfecta de tropas y servicios.

La *armonía* requiere:

- perfecta situación o escalonamiento de tropas y servicios,
- comunidad de doctrina, y
- acción de conjunto, que exige abarcar todo el frente de operaciones, establecimiento de un perfecto enlace y sincronización del funcionamiento de fuerzas y elementos de combate para lograr el desarrollo completo de la maniobra estratégica o de la acción táctica.

La *acción*, como toda ley, tiene principios que pasamos a examinar.

Desde luego, estos principios no son exclusivamente militares, sino la aplicación, a los hechos de guerra, de normas generales de la vida, preceptos de la ciencia o leyes de la Naturaleza.

Los principios son inmutables; pero las reglas, los procedimientos para su aplicación, son variables, porque utilizan las innovaciones y las variaciones de los medios y elementos de guerra y porque afectan al *modo* personal del Jefe.

Hay imprecisión en cuanto al número de los principios que rigen la guerra, y esto es explicable, puesto que su reconocimiento responde a criterios de apreciación y no se puede pretender que exista una coincidencia absoluta en quienes los examinan, pues, además, la materia es delicada y compleja.

La base de cada uno de los principios está en las cualidades del *hombre* o en las leyes de la *Naturaleza*.

En nuestro concepto, se puede considerar como *principios fundamentales o superiores* los siguientes:

La preponderancia de las fuerzas morales.

La sorpresa.

El espíritu ofensivo.

La economía de las fuerzas.

La concentración de medios.

El empleo de las reservas.

Porque estos principios pertenecen a todas las épocas, independientemente del progreso del armamento.

Preponderancia de las fuerzas morales. La guerra es un fenómeno social. La hace el hombre.

Las virtudes y los defectos del hombre, su entusiasmo o su depresión, su voluntad, en fin, deciden de ella.

Si la fuerza moral de los hombres que integran un bando en la lucha es elevada, esto entraña un factor de importancia para lograr la victoria; si aquella fuerza se deprime, la derrota es segura.

Este principio es de la mayor importancia. Su base está en la naturaleza humana, en el *ánima*. Se ha de procurar mantener este estado moral al más alto nivel posible, en la población civil y en el ejército propios, tanto como se ha de intentar destruir el del país y del ejército enemigos.

La actuación a esto conducente tiene su fundamento en la *psicología*, pues sólo conociendo bien a los hombres en general, y de un modo particular las condiciones del carácter de los compatriotas y de los enemigos, se puede *actuar* con segura precisión sobre la firmeza o la impresionabilidad de unos y otros, en el sentido que en cada caso interese.

La autoridad y el prestigio del caudillo son circunstancias indispensables para que su acción o su palabra hablada o escrita ejerzan el influjo necesario para producir el efecto moral determinado.

Hay, decimos, en este principio, eminentemente subjetivo, dos aspectos que conviene examinar separadamente.

1º *Alto nivel de la voluntad propia, voluntad de vencer.* Esta voluntad ha de sentirla el caudillo, pero también ha de mantenerla el gobierno del país, y bajo esos impulsos ha de sentirla hondamente y transmitirla al Ejército, que tiene su raíz en la nación.

No se ha mecanizado tanto la guerra en nuestros días que basten para dirigirla solamente las órdenes o las instrucciones; sino que se sigue considerando, como siempre, necesario hablar al alma del soldado y a la del ciudadano, para que el primero y el segundo mantengan alta su moral y viva su fe en el triunfo, sin lo cual el fracaso no se hará esperar.

Diffícilmente encontraremos en las páginas de la Historia un ejemplo más clásico y brillante de lo que acabamos de asentar, que el caso de la Gran Bretaña en los aciagos días del verano de 1940. Churchill anunciaba al pueblo "lágrimas, sudor y sangre", y llegó al fondo del alma inglesa, galvanizando de entusiasmo por el ideal sublime de la libertad, a las fuerzas armadas de su país, preparándolas para los más duros sacrificios y en su oportunidad para la más gloriosa de las victorias, que en el horizonte ya se vislumbra claramente.

Pero la elevación de la moral de los propios no debe, en modo alguno, representar el fomento de ilusorios optimismos que muestran la victoria como empresa harto fácil e incruenta; los grandes estadistas como Clemenceau, Churchill y Roosevelt, siempre han tenido presente esta gran verdad y hasta en las horas más negras han hablado a su pueblo con culto insobornable a la verdad, no a la verdad metafísica o abstracta, sino a la verdad concreta y utilitaria, indispensable en una democracia auténtica.

2º *Debilitación o destrucción de la moral del adversario.* Se logra tratando de fomentar en el ejército y en el país enemigos, sentimientos de inferioridad y, como consecuencia de ello, de impotencia para vencer.

En cuanto a la destrucción moral del ejército en las operaciones de guerra, se logra muchas veces por una acción de efecto fulminante: la *sorpresa*; la noción inminente, clara y viva, de un riesgo arrollador e inevitable.

La sorpresa. No constituye un principio absoluto, *per se*, sino un elemento utilizable para quebrantar la integridad moral del adversario, como acabamos de exponerlo.

La sorpresa ha de producirse *en el espacio y en el tiempo*, es decir, en un lugar y en un momento desconocidos por completo por el adversario.

Ordinariamente se emplean, para producir la sorpresa, los *movimientos envolventes* de una de las alas del enemigo, o de ambas, y los simples amagos de desbordamiento; pero puede haber sorpresa sin estos movimientos, ya que puede también prepararse en secreto un abrumador *ataque frontal*, con lo que se logra el fin. Tal cosa tiene lugar en los frentes estabilizados, de preferencia en los que es difícil la maniobra de aquel orden. La Gran Guerra de 1914-18 mostró múltiples ejemplos de ello, y en la actual contienda tenemos la victoria de El Alamein, que abrió a Montgomery la conquista del Africa.

Vemos, pues, que la sorpresa puede ser estratégica, táctica o técnica. El ideal sería, según el General polaco Sikorski, realizarla completa en todos los dominios. (*La Guerra Moderna*, 1935.)

La sorpresa estratégica consiste en tomar la ofensiva en una zona en la que el adversario se halla desprevenido e imposibilitado para reforzarse en tiempo oportuno.

La sorpresa táctica consiste en atacar a una tropa enemiga sobre el campo de batalla, sin que pueda tomar oportunamente las medidas y los dispositivos necesarios para parar con éxito la acción del enemigo.

La sorpresa técnica consiste en atacar empleando ingenios desconocidos por el adversario.

El General Sikorski, al hablar de la sorpresa estratégica y táctica, manifiesta que "en una guerra moderna la sorpresa constituirá la regla en los planes de batalla. Los ejércitos modernos, dotados de los medios técnicos más perfeccionados, que serán empleados con habilidad

mucho mayor que en la pasada contienda mundial, se prestarán perfectamente para esta clase de operaciones. La motorización permitirá la rápida concentración de fuerzas. Los carros de combate y la aviación, posiblemente, suprimirán la preparación de los ataques por la artillería. Los transportes por automóvil facilitarán la concentración de material". Y al hablar de la sorpresa técnica, después de hacer amplia historia sobre el particular, concluye diciendo: "Pero ninguna de las sorpresas técnicas hasta hoy experimentadas igualará, muy posiblemente, a las que se revelen en una próxima guerra . . ."

El espíritu ofensivo. Reconocido a través de todas las edades de la Historia Militar, no sólo es un principio indiscutible, sino que es un *axioma*.

Los reglamentos de todos los ejércitos consideran como el solo medio para causar al enemigo derrotas decisivas, este principio, lo que, a nuestro entender, deja suponer que la defensiva puede infligir al enemigo derrotas, pero no *decisivas*; y ello no es exacto, en realidad, dado que la defensiva es tan sólo un medio empleado en determinada zona para reforzar una ofensiva en otra, por medio de fuerzas retiradas de la primera en favor de la segunda.

En la batalla, el espíritu ofensivo debe animar a todos, desde el jefe hasta el último soldado, si queremos destruir física y moralmente al enemigo, desorganizarlo y arrojarlo de la región que ocupa. Mientras que la defensiva, cualquiera que sea su resultado, permite al enemigo reorganizarse y volver al ataque. La simple idea de defensiva conduce a la inercia, que jamás podrá engendrar la acción, única fuente de resultados decisivos.

Los reglamentos que preconizan la ofensiva a toda costa no señalan en sus preceptos que ello quiera ser sinónimo de lanzar las tropas contra fuerzas intactas, contra obstáculos infranqueables, etc.; esto cae por su propio peso. En efecto, en nuestros días, para poder avanzar, es necesario adquirir la superioridad del fuego.

Estar impregnado un ejército, desde el General en Jefe hasta el último soldado, del espíritu ofensivo, ¿quiere decir que en todas las regiones y situaciones se lance al ataque? No.

La batalla es un conjunto de numerosos combates empeñados en terrenos diferentes, con misiones *variadas*, pero que todas concuerdan hacia el objetivo general, para facilitar la maniobra ofensiva del Jefe. Jefe que, para hacer triunfar su maniobra ofensiva, está obligado, al

mismo tiempo que ataca, a parar las ofensivas y contraataques del enemigo, a menos que éste dé pruebas de una inercia manifiesta. En consecuencia, determinadas unidades recibirán misiones defensivas o de cobertura en la maniobra proyectada, cuya combinación de fuerzas, necesaria desde el simple grupo de combate hasta la División, es la mejor seguridad del éxito.

Lo hasta aquí expuesto nos hace concebir dos especies diferentes de combate: el ofensivo y el defensivo; pero este último, como ya dijimos, no es más que un medio y nunca un fin; medio que empleamos para facilitar la ofensiva.

En esta forma concebida la defensiva, lejos de ser contraria a la ofensiva, es la mejor ayuda de ésta, ya que al reforzarla la hace más vigorosa y le permite producir su máximo efecto.

Un boxeador no pierde su espíritu ofensivo porque se sirve de su brazo izquierdo para parar. En toda batalla hay una unidad que sirve de brazo derecho y otra de brazo izquierdo. Es por ello por lo que en el reglamento del empleo de las armas en el combate encontramos los métodos que deben aplicarse al combate ofensivo, así como al defensivo; pero todos estos métodos deben nacer del principio ofensivo, que constituye la base de la coordinación de todos los esfuerzos en la batalla. Esfuerzos que tienen por objeto desalojar al enemigo de sus posiciones, de destruirlo, si es posible, o cuando menos desorganizarlo y desmoralizarlo.

La economía de las fuerzas. La combinación de estos esfuerzos en la batalla, de estas alternativas del brazo derecho y del izquierdo, de nuestro ejemplo anterior, la coordinación de todos los combates ¿cómo se realizarán?

Por la aplicación del principio de la *economía de fuerzas*, cuyo valor constante ha quedado comprobado por la experiencia.

Vamos a detenernos en su análisis, porque es la base de toda maniobra.

Estando la misión señalada y conocido el objetivo por alcanzar, el principio de la economía de las fuerzas interviene para repartir en *tiempo y lugar* los elementos de que se dispone.

Su aplicación tiene por objeto repartir los elementos de manera de ser *fuerte en los puntos en donde se pretenda un resultado decisivo* y, en consecuencia, *ser lo menos fuerte*, si no es que hasta *débil*, en aquéllos en donde sólo se quiere resistir a los esfuerzos del enemigo.

Es así como se entiende el conocido principio de la *maniobra del fuerte al débil*, el cual hay que comprender bien. En efecto, su aplicación no puede tener realización sino después de haber resuelto el de la economía de fuerzas; realizado éste, entonces sí podemos aprovechar la repartición obtenida para lanzar sobre la parte débil del enemigo nuestra masa de maniobra, o bien para servirnos de ésta y arrojarla sobre la parte fuerte del enemigo, tal cual se aplica generalmente en estrategia.

Más adelante comprenderemos mejor la diferencia de aplicación en determinados principios, según se trate de táctica o de estrategia, es decir, según que maniobremos sobre el campo de batalla o fuera de él.

Por el momento consideremos que obramos dentro del campo de batalla. La economía de fuerzas, no tan sólo para alcanzar lo que se propone, sino sencillamente para que en efecto exista, es indispensable que se aplique con todo rigor, digamos al extremo, lo que debe entenderse por repartir las fuerzas de tal manera que en los puntos en donde pensemos únicamente resistir, no empleemos sino el efectivo y el material absolutamente indispensables.

Napoleón decía: "Solamente en el caso de intervenir circunstancias físicas y morales muy particulares, no se vence al adversario sino oponiéndole fuerzas superiores"; en otros términos, expresarse así es demostrar la necesidad inevitable del principio de la economía de fuerzas y de su aplicación por la maniobra del fuerte al débil.

Ahora bien, si reflexionamos en el juego de esta economía de fuerzas, llegaremos a convencernos de que para que tengamos las mayores probabilidades de éxito, es necesario aplicarlo únicamente en un punto, *en uno sólo*, de la línea de batalla, para batir al enemigo *antes de que en ese punto elegido el enemigo intervenga con sus reservas y restablezca la situación, o antes de que su propia maniobra, conducida de su fuerte contra nuestro débil, haya podido triunfar.*

Es justamente en esto en lo que reside la dificultad mayor. Para resolverla hay que calcular, desde luego, nuestros puntos débiles y su capacidad de resistencia, así como su distancia a nuestros gruesos o reservas; en seguida:

- a) Atacar el primero para lanzar nuestra maniobra proyectada.
- b) Imponiéndosela al adversario, obligarlo a pararla y con ello retardar la suya propia.
- c) Aplastar literalmente al adversario bajo el peso de fuerzas

irresistibles, *desde el principio de la acción*, buscando con ello su desmoralización.

De lo anterior se desprende que, inevitablemente, y *esto con mayor razón si disponemos en general de fuerzas inferiores al enemigo*, tenemos que realizar al extremo la economía de fuerzas sobre todos aquellos puntos del campo de batalla en donde no busquemos la decisión, lo que trae como corolario que el esfuerzo, como ya dijimos, debe aplicarse sobre *un solo punto del campo de batalla*. En efecto, si pretendiéramos hacerlo sobre *dos puntos*, es inconcuso que el peso que descargaríamos en cada uno de ellos disminuiría, y que el adversario, no sufriendo en ninguno de ellos una desorganización suficiente, resistiría con ventaja. Por otra parte, si estos dos puntos se hallan distantes, se deja al enemigo la facultad de batirnos sucesivamente, permitiéndole realizar la economía de fuerzas y emplear sus reservas, cometiendo, por nuestra parte, una grave falta contra el principio de la *concentración de fuerzas*, del cual hablaremos adelante.

Este principio de la economía de fuerzas, reconocido por todo el mundo, no es aplicado por todos con igual intensidad, dado que entra en juego, independientemente de la ciencia militar, la psicología del Jefe. Si éste es impresionable y de naturaleza inquieta, no se atreverá a reducir al extremo las fuerzas allí donde tan sólo piensa resistir.

En efecto, sobre uno o varios puntos débiles de su línea de batalla, el enemigo podrá empeñarse decididamente y provocar allí una situación crítica, aunque sea momentáneamente. En semejante situación, su impresionabilidad lo incitará a echar mano de sus reservas para reforzar los puntos amenazados, con lo cual, al cabo de un tiempo reducido, habrá consumido sus reservas y destruído así la economía de fuerzas realizada.

Igualmente, un jefe de este temperamento, para conservar su libertad de acción, distribuirá mayores elementos que los necesarios sobre cada uno de los puntos del campo de batalla; será un tímido y se privará así de una buena economía de fuerzas; disminuirán las probabilidades de hacer triunfar su ofensiva, por falta de elementos, o bien no podrá explotarla, contentándose con una victoria indecisa.

Si, por el contrario, el jefe es menos impresionable, llevará al extremo la aplicación del principio de la economía de fuerzas, conservando una fuerte reserva para lanzarla sobre el punto elegido en el momento propicio. *Un jefe de estas cualidades es un hombre de gue-*

rra, un maniobrero; es, en una palabra, un verdadero jefe; pero, repetimos, esta destreza en el juego de la economía de fuerzas depende más de la psicología del jefe que de su ciencia militar.

El conocido adagio que dice *cada quien piensa con su inteligencia, pero obra de acuerdo con su carácter*, es una verdad en todas las circunstancias de la vida; pero adquiere toda su fuerza en medio de las responsabilidades y los peligros de la guerra.

El viejo principio de la economía de fuerzas conserva todo su valor hasta nuestros días. En efecto, en la maniobra del fuerte al débil la posición débil del enemigo que atacamos tiene una capacidad de resistencia mayor hoy en día, debido a la potencia de las armas automáticas. En consecuencia —y mientras más rápido mejor—, es preciso acumular contra ella fuerzas aplastantes, lo cual lograremos solamente si economizamos al maximum en todas las otras partes de la línea de batalla, valiéndonos de la razón invocada, de que el armamento actual concede, con su gran potencia de fuego, una fuerza de resistencia muy grande allí donde guardemos actitud defensiva.

Es necesario no confundir la maniobra del fuerte al débil, que acabamos de examinar bajo su aspecto táctico, con la concepción, del todo diferente, en estrategia, en donde por el contrario *la maniobra del fuerte al fuerte* es la que se aplica en general y que es tan conocida con el nombre de *marcha al cañón*, practicada con éxito por los Generales alemanes durante la guerra de 1870-71.

Hay que tener presente que la aplicación de ciertos principios varía, según se trate de Táctica o de Estrategia. Así tenemos, por ejemplo:

En Estrategia se buscan los valles; en Táctica, las crestas.

En Estrategia una posición central es una posición igual, toda vez que permite el mejor juego de la economía de fuerzas; en Táctica una posición central es una posición peligrosa, porque coloca las fuerzas en medio de dos fuegos y expone, además, a perder las comunicaciones.

Dijimos que en Estrategia se preconiza, en la generalidad de los casos, la maniobra del fuerte al fuerte. En efecto, atacando con el grueso de las fuerzas la parte débil del adversario, es decir, las regiones en donde sólo haya colocado cuerpos con misión de vigilancia, y admitiendo que sea vencedor allí fácilmente, estas victorias ocasionarán forzosas pérdidas, quizá importantes, en hombres y material; de lo

cual resultará que la economía de fuerzas previamente realizada con el fin principal de concentrarlas, irá disminuyendo a medida que se vaya aproximando el momento de encontrar al grueso de las tropas enemigas.

Antes de la batalla o de las batallas decisivas, es imperativo el economizar a toda costa los efectivos tanto en personal como en material, para atacar con el maximum de las fuerzas a las fuerzas *principales* del enemigo.

Es entonces cuando, en presencia de las fuerzas principales enemigas, es decir, cuando entremos al terreno de la Táctica, habrá que aplicar la *maniobra del fuerte al débil*, a fin de destruir el equilibrio del enemigo, *antes* de que él destruya el nuestro.

Concentración de fuerzas. Al principio de la economía de fuerzas, y en su aplicación por la maniobra del fuerte al débil, viene a sumarse el de su concentración.

Napoleón, al referirse a este principio, decía: “No olvidéis jamás vuestras fuerzas; no forméis jamás grupos, si no queréis correr el peligro de que esos grupos sean derrotados separadamente por un adversario maniobrero que los aplastará, uno después de otro, con todas sus fuerzas reunidas.”

Pero, antes de continuar adelante, convengamos en el verdadero valor que debemos dar a la expresión de *división de fuerzas*, pues hay que repartirlas sobre una región tanto más extensa cuanto mayores sean los recursos en subsistencias y acantonamientos que se requieran.

En seguida, por razones tácticas y estratégicas, hay que constituir destacamentos de seguridad y puestos de vigilancia.

Consecuentes con estas necesidades imperiosas, debemos entender por *concentración de fuerzas* el dispositivo que permite agrupar el grueso de ellas (destacamentos de seguridad y cuerpos de vigilancia excluidos) a distancias tales que el límite de la resistencia de una unidad empeñada no sea alcanzado antes de que otra u otras de ellas puedan venir en su socorro.

De lo anterior se desprende que la concentración de fuerzas es función directa de la posibilidad de encuentro con el grueso del enemigo. Así, pues, las nociones de *espacio* y *tiempo* intervienen inmediatamente:

a) *Espacio* necesario para que las tropas concentradas puedan disponer de libertad de maniobra.

b) *Tiempo* necesario a las tropas que deban trasladarse a la zona en donde se desee atacar o resistir antes de que las unidades que allí se encuentren hayan agotado la capacidad de resistencia.

Así vemos que al aumentar las probabilidades de un encuentro, la concentración deberá intensificarse en consonancia y en tal forma que, al empeñarse la batalla, el General en Jefe disponga de la mayoría de sus fuerzas.

Antiguamente se recomendaba de manera muy general que el total de las tropas empleadas en misiones de seguridad no debería exceder del tercio ($1/3$) de la totalidad de las fuerzas disponibles, y esto sin tener en cuenta ni su importancia ni sus misiones. Fácil solución que, por lo esquemática y rígida, se separa de las realidades de los campos de batalla, en donde las situaciones son del todo inestables, correspondiendo a cada caso particular una solución apropiada, basada tan sólo en el buen sentido. La importancia de los destacamentos de seguridad y vigilancia depende, además del factor *distancia* a la cual se halla el enemigo, de otros varios, *v. gr.*: extensión de la zona por cubrir, misión de la unidad que cubren, topografía del terreno, actitud de los habitantes, etc. En consecuencia, fijar una proporción determinada como regla general para su constitución, corresponde más a una especulación de las lecciones teóricas del tiempo de paz, que a las enseñanzas de la Historia.

No existe ninguna fórmula cuya solución garantice el éxito de una batalla; pero, la Historia lo comprueba, sí hay medios que aplicados conducen al desastre, y uno de ellos es el de ser débil en todas partes y fuerte en ninguna, lo cual se traduce en esta frase: *Cubrirse detrás de una muralla china.*

Hemos dicho que la concentración debe intensificarse a medida que la batalla se aproxima, a fin de garantizar al General en Jefe su libertad de acción, sin la cual la maniobra proyectada queda comprometida. Ahora bien, la libertad de acción se obtiene, en términos generales, por medio de la seguridad, la cual no es otra cosa que el conjunto de medidas destinadas a procurar al Mando el tiempo y el espacio de que tiene necesidad para reunir sus elementos y disponerlos para el combate.

La seguridad descansa en:

- a) La *información*, que, accionada a distancia suficiente, puede garantizar al Mando el *tiempo* necesario para realizar

sus proyectos. En ella concurren diferentes órganos, como son: Aviación, Caballería, Cuerpos Especiales, etc., los cuales obran tanto más lejos de la unidad *que* cubren cuanto más importante es ésta, y las *tropas en contacto*, las cuales, por sus reconocimientos ofensivos, golpes de mano y, sobre todo, por el combate, proporcionan los mejores y más valiosos informes.

- b) *El dispositivo de las tropas*, que juiciosamente adaptado a las circunstancias contribuye a dar al Mando la seguridad material; dispositivo que se integra con los *elementos de seguridad* y con la *articulación de conjunto de las fuerzas*

El empleo de las reservas. Este principio es una aplicación de los enunciados. En efecto, es por medio de sus reservas como el Jefe puede hacer sentir su acción; de la articulación y de la concentración de ellas en determinadas zonas se deduce en dónde pretende obtener los resultados decisivos.

Lo que quiere decir que las reservas se constituyen para *reforzar las partes fuertes* y no para *socorrer las partes débiles* del frente de batalla. Su empleo, de acuerdo con lo anterior, es de carácter ofensivo, ya que su utilización queda indicada en las regiones en donde se han obtenido los mayores resultados, los cuales hay que aumentar para alcanzar la victoria, producir lo que Napoleón llamó el *acontecimiento* y convertir el éxito en una victoria completa.

Misión principal que corresponde a las reservas, pero sin que ello excluya el que también se les asigne la de *contraatacar* para restablecer una situación comprometida, reforzar determinados puntos de la línea de batalla, etc.

Si, por el contrario, las reservas se emplearan en la parte débil de la línea de batalla, el resultado sería el de *dispersar* las fuerzas para llegar, en definitiva, a constituir un cordón de fuerzas equivalente, en el sentido de sus resultados, a la muralla china.

En el caso en que el adversario cayera en la misma falta, se empeñaría una batalla paralela, es decir, una batalla en la cual por ambas partes se enfrentarían fuerzas poco más o menos iguales en cada región; batalla que escapa a la dirección del Jefe y cuyos resultados sólo dependen del valor individual de los combatientes.

Seguramente que no encontraremos defensor más entusiasta y convencido de los principios de *espíritu ofensivo y empleo de reservas*,

que el Coronel francés De Grand Maison, profesor que fué de Táctica General Aplicada, en la Escuela Superior de Guerra de París, años antes de la guerra 1914-18.

De su curso se destacan dos conferencias que produjeron en su época gran sensación y modelaron la mentalidad de la Oficialidad francesa. Ellas pueden compendiarse en su famosa frase: *Señores, yo admito la derrota, pero no la retirada*, frase audaz que sintetiza su teoría y define la orientación de sus enseñanzas.

Leídas las citadas conferencias con espíritu analítico, llegamos a descubrir el verdadero pensamiento del Coronel De Grand Maison, el fondo de su teoría manifestado en forma tan concreta.

Según nuestro entender, quiere decir que un Jefe no debe jamás vacilar en arrojar a la lucha sus últimos recursos, su último Batallón, para alcanzar la victoria; si ésta no se logra, como lo expresa el Coronel De Grand Maison, no quedará tropa disponible para recoger a los que se batan en retirada, caso en que el hacerlo ordenadamente es imposible y, por consiguiente, será la derrota la que se coseche. Evidentemente, pero es el riesgo que estamos obligados a afrontar, pues si por graduarnos la posibilidad de una retirada ordenada conservamos las tropas necesarias para ello, posiblemente su acción faltará en el punto y en el momento propicios para alcanzar la victoria.

Esta teoría dió lugar a enconadas discusiones, hasta que la guerra de 1914 vino a liquidarla con un ejemplo de gran envergadura, como fué el de la primera Batalla del Marne. En efecto, allí tenemos a Foch aplicando con audacia —característica de todo hombre de guerra— las lecciones de De Grand Maison, en la histórica batalla de los Pantanos de Saint-Gond, que nos describe de una plumada su famoso parte al Gran Cuartel General: *Mi centro vacila, mi derecha retrocede, mi izquierda se encuentra al límite de su resistencia; yo tomo la ofensiva*, y así arroja a la hornaza del combate, en una batalla que se desarrollaba para el IX Ejército Francés bajo críticas condiciones, sus últimas reservas. Foch pensó, al obrar así, con De Grand Maison, aceptando la derrota, pero no la retirada.

Es evidente que si Foch hubiera obrado con prudencia, nadie, vista su crítica situación, le habría hecho ningún cargo al batirse en retirada; echando mano de sus últimas reservas, habría escapado a la formidable presión de Von Büllow; pero semejante prudencia le ha-

bría arrancado su victoria y con ella, muy posiblemente, la famosa del Marne.

Vemos, pues, que el *empleo de las reservas* constituye, real y positivamente, un principio, y que de su buena aplicación depende el éxito.

c) *La influencia de la técnica en la aplicación de los principios.*

CONCLUSIONES

Al estudiar la historia de las guerras desde la más remota antigüedad hasta nuestros días, diversas constataciones pueden hacerse de carácter general, siendo las más interesantes las siguientes:

I. La obtención del “éxito” ha obligado siempre a la práctica de la “maniobra”, cuya combinación de fuegos y movimientos obedece al análisis de la *misión* por cumplir, de la situación general del *enemigo*, del *terreno* en que se opera y de los *medios* de que se dispone, interviniendo directamente en este último factor el rendimiento técnico del armamento y de los materiales.

Maniobras frontales, de ala y envolventes, son el resultado de la decisión del Jefe, que, aparte su temperamento, ha considerado conveniente realizarlas después de establecida la síntesis del estudio de los factores señalados. Todas han sido susceptibles de aplicación en todas las épocas, variando tan sólo los procedimientos de ejecución de acuerdo con los progresos de la ciencia al servicio del ejército. Así, en tanto que en la batalla de Rocroi la maniobra de Condé se ejecutó a la vista del adversario, en las batallas modernas la maniobra de ala y envolvente, disponiendo de medios de transporte rápidos y de gran rendimiento, como son los ferrocarriles y los ingenios motorizados o mecanizados, así como por el perfeccionamiento de las transmisiones, su amplitud se ha incrementado grandemente y su radio de acción se extiende hasta donde la combinación de las fuerzas aéreas y mecanizadas puede existir.

II. Los grandes capitanes siempre han buscado hacer una guerra “rápida, corta y decisiva”. En general, puede afirmarse que este ha sido el desiderátum de todos los tiempos; la “guerra relámpago”, como hoy se dice, la encontramos en algunas campañas de Condé, Federico II, el Mariscal de Sajonia y Napoleón, claro está, los factores velocidad y masa en relación con cada época. En la cantidad de movimiento de infantes y dragones, comparada con la de los

ingenios motorizados, no hay que olvidar el otro factor, la “masa” de los efectivos desplazados, así como sus necesidades de todo género, que precisa satisfacer, y los obstáculos creados, para vencerlos en cada caso.

III. Las guerras siempre han tenido un carácter totalitario; pero errores de concepto hicieron que en sus comienzos no adquiriesen la forma aguda de nuestros días, máxime si tenemos en cuenta el poder destructor del armamento moderno. Preocupados los grandes capitanes por hacer una guerra rápida y decisiva, lógico es suponer que pretendieran realizarla utilizando la totalidad de los medios a su alcance; pero el concepto que se ha tenido de los “medios disponibles” o, mejor dicho, “utilizables”, ha variado a través de la vida de los pueblos.

En un principio se creyó que la fuerza enemiga radicaba precisamente en la persona del monarca, y por ello todos los esfuerzos se encaminaron a apoderarse de él para imponer después las condiciones de paz.

Más tarde, las riquezas del Estado o país enemigo, particularmente en metálico y obras de arte, constituyeron el objetivo militar de las guerras, y como esas riquezas se guardaban en las ciudades, el ataque y la defensa de las plazas fué primordial.

Todavía evolucionó este concepto y se estimó que bastaba la captura de la capital del Estado para acarrear la rendición del enemigo; tal época fué aquella en que el “objetivo geográfico” era el principal. La guerra adquirió entonces un carácter especial, pues se trataba de atacar y defender las plazas fuertes, desarrollándose la fortificación permanente en alto grado.

Posteriormente se llegó a la conclusión de que las fuerzas armadas enemigas deberían constituir el objetivo esencial de las guerras. La guerra se hizo de ejército a ejército, y apareció en todas sus formas el arte militar.

En nuestros días la constitución de los ejércitos a base de “conscriptión”, el concepto bien establecido de la “nación en armas” y el gran desarrollo de la industria y del comercio han hecho que la “guerra total” comprenda hasta las regiones más apartadas de los beligerantes y aun de los neutrales, ya que por los progresos maravillosos de la ciencia el armamento en uso no encuentra barreras inexpugnables en tierra, aire o mar, para descargar sus golpes.

IV. Verdad es que el armamento es un factor de capital importancia, pero también es cierto que no es sólo ni el único, puesto que los factores morales y de la Naturaleza suelen ser, en ocasiones, preponderantes. Sobre el particular conviene meditar profundamente acerca del ejemplo que el pueblo de la U. R. S. S. nos brinda: por su fuerza moral incomparable; lógico por la extensión y riqueza de su territorio, y supremo por la ciencia y el arte en la conducción de las operaciones, de parte de su Alto Mando.

V. Si bien es cierto que la guerra aparece esencialmente como destructora, particularmente por los procedimientos de lucha actualmente empleados, también lo es que constituye una fuente de rápido progreso, ya que la inventiva humana se desarrolla intensamente. Para puntualizar tenemos entre otras cosas el estupendo adelanto de la aviación, cuya aplicación en la post-guerra ofrecerá a todos los pueblos del mundo sus progresos para aplicarlos al establecimiento de una vida mejor en todos sus aspectos.

VI. En otras épocas el armamento necesario se encontraba listo desde el tiempo de paz, para la totalidad de los efectivos movilizables. Hoy en día no podrá constituirse nunca en permanencia, tanto por razones económicas como porque los progresos de la técnica son tan rápidos que el armamento se encontraría fuera de servicio conveniente al estallar la guerra, sobre todo por los descubrimientos científicos que han influido en la naturaleza del arte de destrucción, alterando las formas de la guerra, como son las relativas a las armas química y mecanizada, y las que en el porvenir se obtengan sobre electricidad y microbios.

VII. *Finalmente*, no se estudiaría la ciencia de la guerra si no fuera para descubrir, no digamos el secreto de la victoria; siquiera las causas que contribuyen al éxito o al fracaso. Todos nuestros estudios e investigaciones serían inútiles si no llegáramos a establecer algunas conclusiones sobre el particular.

Claro está que estas conclusiones, dada la variedad infinita de los elementos que participan en la guerra, no pueden ser determinantes.

Cuando ejércitos de un mismo valer, mandados por buenos Generales, se encuentran en presencia, es el *número* el elemento material, el decisivo.

Hay circunstancias, por el contrario, en que la superioridad en la

instrucción, en la disciplina y en el mando, es tan grande, que el número pierde todos sus derechos.

La superioridad del armamento tiene una importancia indiscutible cuando es muy grande; pero decrece cuando apenas es sensible. No fué el fusil de percusión el que venció en Sadowa; fué la infantería que lo manejó y que, en Mars-La-Tour, triunfó igualmente contra el "chassepot", superior balísticamente al "Dreyse". Hay que adoptar el armamento más perfeccionado, pero no hay que contar exclusivamente con él para vencer.

No hay cualidades físicas, intelectuales o morales que no sean útiles a un general. Nunca se tendrán demasiadas; pero existen algunas esenciales, entre ellas: *el ardor, la resolución, la inteligencia y la imaginación*. La primera inspira los ataques vigorosos y las persecuciones despiadadas. Según Bonaparte, es la primera cualidad de un general. La *resolución* es la facultad especial que permite al hombre nacido para mandar, el tomar su partido con pleno conocimiento de causa, analizando rápidamente los elementos conocidos y tomando su decisión sin vacilaciones ni temores por peligros misteriosos. La resolución no supone únicamente una inteligencia lúcida y enérgica, sino que es necesario también tener imaginación e inventiva.

Tales son los dones naturales más preciados al General. Pero no son ellos suficientes. Se requiere que la ciencia los fecunde para producir el arte.

Un patriotismo sincero, de buena ley, más profundo que bullicioso, es la base de una buena educación militar. Cuando una nación se prepara seriamente para la guerra, con la voluntad de vencer, da a los estudios militares el desarrollo requerido y hace pasar formalidades al último rango de sus preocupaciones. El conocimiento de los principios fundamentales de la guerra y los procedimientos de combate son familiares a todos sus Generales. Sobre todo, los sentimientos que los guían los predisponen para practicar una sana estrategia. La nación poseerá una pléyade de Jefes sobre los cuales descansará, y cuando la hora suene se pasará de un genio excepcional, porque sus cuadros contarán con hombres enérgicos, inteligentes y sólidamente instruídos.

El patriotismo constituye y anima a los ejércitos, instruye los cuadros y crea los Jefes. Cuando esta virtud comienza a disminuir en una nación, tan sólo tendrá ésta una fuerza militar en apariencia, que se extinguirá al primer choque.

